

19 Oct. 1879 118-30
EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA BANDA
DEL REY,

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EMILIO ALVAREZ,

MUSICA DE LOS SEÑORES

DON MANUEL FERNANDEZ CABALLERO

Y

DON JOSÉ CASARES.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLÓN, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.º
1878.

L47 - 7097

UMENTO Á LA ADICION DE 13 DE ABRIL DE 1878.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Amor en la ausencia.....	1	D. Ángel Rodríguez....	Todo.
Bodas trágicas.....	1	José Echegaray.....	»
El amor y la sotana.....	1	J. y Tomás de Asensi	»
El hombre perro.....	1	Joaquín G. de Lima..	»
El que al corazón no llama.....	1	Manuel Urban	»
El sargento y el patán.....	1	Cárlos Calvacho	»
El tío Anguilla.....	1	Antonio Rodríguez..	»
El verdugo de sí mismo.....	1	Ángel Rodríguez....	»
Jugar con la misma carta.....	1	Tomás de Asensi....	»
La bruja Celestina.....	1	Cárlos Calvacho	»
La flor del humbrío.....	1	Ángel Rodríguez....	»
La más preciada riqueza.....	1	Franc. Flores García.	»
La perra de mi mujer.....	1	J. Jackson Veyan... .	»
Las dos bellezas.....	1	Leopoldo Parejo. . . .	»
Los sustos.....	1	Antonio Rodríguez..	»
Llevar la corriente.....	1	F. Flores García....	»
Paz octaviana.....	1	Manuel Noguerras....	»
Peor que mi suegra.....	1	Eduardo Navarro....	»
Sobre la marcha.....	1	Pelayo del Castillo... .	»
Una chica alemana.....	1	E. de S. Fuentes....	»
Una mujer por dos horas.....	1	Joaquín G. de Lima.	»
Una palabra empeñada.....	1	M. Baquero.....	»
Vaya un viaje.....	1	Pascual Cuellar.....	»
¡Al santo, al santo!	2	M. Echegaray.....	»
Curarse de mal de suegra.....	2	M. Vallejo.....	»
Cuenca por Alfonso VIII.....	3	Sres. Borlado y Lumbrs.	»
El Doctor Diógenes.....	3	José Zorrilla y Luis Pacheco.....	»
El ramo de flores.....	3	P. y Moreno Godino.	Mitad.
El yerno del señor Manzano.....	3	E. Carbou y Ferrer y J. M. y Santiago	Todo.
Las consecuencias.....	3	D. Joaquín G. de Lima.	»
La deshonra.....	5	Manuel Noguerras . . .	»

LA BANDA DEL REY.

Tois Rodríguez

88-8

LA BANDA DEL REY,

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EMILIO ÁLVAREZ,

MUSICA DE LOS SEÑORES

DON MANUEL FERNANDEZ CABALLERO

Y

DON JOSÉ CASARES.

Representada con éxito extraordinario en el Teatro de la ZARZUELA
el 4 de Octubre de 1878.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.— CALVARIO, 18.

1878.

PERSONAJES.

ACTORES.

ESTRELLA.....	SRA. FRANCO DE SALAS.
ELVIRA.....	SRTA. URIONDO.
MARTINA.....	SRTA. GONZALEZ.
EL REY FELIPE V.....	SR. BANQUELLS.
EL MARQUÉS DE TORRESANTA..	DALMAU.
ESTEBAN.....	FERRER.
JUAN CHAMORRO.....	TORMO.
GUARDA 1.º.....	MORA.
GUARDA 2.º.....	VIDAL.
GUARDA 3.º.....	GARCÍA.

Cortesanos, lacayos, guardas, campesinos, cuadrilleros, damas,
camaristas, lugareñas.

La accion tiene lugar en el Real sitio de San Ildefonso,
año de 1724.

Ref. p.º 1/14. Mt. 20-

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria Lirico Dramática, titulada el Teatro, de los HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

RECUERDO DEL DIA 28 DE AGOSTO DE 1877.

ACTO PRIMERO.

Sitio pintoresco próximo á los jardines del palacio de San Ildefonso. En primero y segundo término de la izquierda. espesa enramada por la que se descende á un bosquecillo.

ESCENA PRIMERA.

ESTEBAN, CORO DE CUADRILLEROS.

Al levantarse el telon la escena iluminada por la luna se haya completamente sola. La orquesta ejecuta breves compases, expresando el reposo y la soledad.

MÚSICA.

Esteban llega por el fondo seguido de Cuadrilleros y avanza pausadamente, reconociendo el sitio y la entrada del bosquecillo.

ESTEBAN. Tras de esos largos
verdes senderos
se oyen ligeros
ecos de amor;
los trae del fondo
del bosquecillo
el vientecillo
murmurador.

¡Silencio,
sigilo!
alerta
rondad,
y en firme
dé el golpe
la Santa
Hermandad.

CUADRILLEROS.

El bosque cerraremos,
el paso guardaremos
y alerta rondaremos,
que el caso es de interés.

ESTEBAN. Oíd por qué rondamos,
sabed á dónde vamos
porque mejor cumplamos
las órdenes del Rey.

De San Juan esta es la noche,
y según conseja antigua
entre el vulgo acreditada
y que nadie hasta hoy negó,
un espíritu maligno
en el bosque oculto mora,
que es de tristes doncellicas
decidido protector.

Es un duende; y al mancebo
que esta noche allí penetra,
en marido le convierte
con diabólico poder:

y conforme afirman todos
con la fé de la ignorancia,
más verdad es su promesa
que las órdenes del Rey.
Ellas crédulas ó astutas
con tal fábula escudadas,
quieren ver si en buen marido
se convierte el mal galán;
y ellos linceces ó cobardes
por si es cierto el cuentecillo,
huyen de ellas y hasta el bosque

no se atreven á llegar.
Una altísima persona
de influencia ilimitada,
proponiéndose de un noble
la osadía castigar;
hoy al bosque nos envía
exigiéndonos tan solo
que para él esta conseja
se convierta en realidad.

(Los Cuadrilleros se agrupan en torno de Esteban.)

¡Silencio,
sigilo!
alerta
rondad,
y en firme
dé el golpe
la Santa
Hermandad.

CUADRILLEROS.

¡Silencio,
sigilo!... etc.

(Los Cuadrilleros desaparecen por la izquierda.
guiados siempre por Esteban.)

ESCENA II.

MARTINA, JUAN.

Martina llega por la derecha precediendo á Juan, de quien se hace seguir.

MARTINA. Ven detrás de mí,
por aquí:
de tus cándidos amores
me hablarás;
cuanto quieras me dirás.

—
La enramada
nos convida
con entrada,
con salida,
y en sabroso

lazo eterno,
hoy de esposo
dulce y tierno
fiel palabra
me darás.

JUAN. Yo no voy de aquí
para allí;
de tus cándidos amores
voy detrás,
mas no doy un paso más.

—
La enramada
maldecida
me da entrada
sin salida;
que es agüero
del demonio,
y no quiero
matrimonio
que apadrine
Satanás.

MARTINA. Ven tras mí

JUAN. Quita allá.

MARTINA. (Dirigiéndose al bosqueillo.)
Por aquí.

JUAN. (Indicando el lado opuesto.)
Por acá.

MARTINA. Un pasito nada más.

JUAN. ¿Para qué?

MARTINA. Para hablar.

JUAN. No ha de ser.

MARTINA. Tú vendrás.

(Desaparece por la enramada.)

JUAN. (Da algunos pasos siguiéndola, mas de pronto retrocede exclamando: ¡Vade retro, Satanás! (Sale escapado por la izquierda.)

CORO DE CUADRILLEROS. (Dentro.)

¡Silencio,
sigilo!...
alerta
rondad,

y en firme
dé el golpe
la Santa
Hermandad.

ESCENA III.

ELVIRA, el MARQUÉS DE TORRESANTA.

MARQUES. (Persiguiendo á Elvira.)
De esa linda flor
dadme la mitad;
mi constante amor
de una vez premiad.
No paseis de aquí,
yo os lo impediré,
yo que desde os ví
ciego os adoré.

ELVIRA. (Sumamente agitada y recatando del Marqués la flor que lleva prendida en el pecho.)

De nosotros dos
álguien va detrás;
quiero huir de vos,
no me sigais más.
Maltratada aquí
mi opinion dejé;
ya no estoy en mí,
ya alentar no sé.

MARQUES. ¡Piedad de mí!

ELVIRA. ¡Callad, por Dios!

MARQUES. ¡Mi ruego oid!

ELVIRA. (Huyendo.)

¡Bajad la voz!

MARQUES. (Persiguiéndola.)

¡No habeis de huir!

ELVIRA. (Gritando.)

¡Martina, ven!

MARTINA. (Asomando en la enramada.)

¡Señora, aquí!

(Elvira desaparece detrás de Martina por la en-

ramada. El Marqués la sigue resueltamente, mas se detiene de pronto á la voz de Juan.)

JUAN. (Llegando por la izquierda.)

Señor, tened.

¿Adónde vais?

MARQUES. Tras ella voy.

JUAN. Hareis muy mal.

MARQUES. ¿Por qué razon?

JUAN. (Señalando al bosquecillo con misteriosa supersticion.)

Porque hoy Luzbel
se esconde allí.

MARQUES. No he de atender
tu ruego vil.

JUAN. Aquí hoy se dan

citias de amor:

vienen y van

de dos en dos.

¿Rumor no ois?

(Acechando por ambos lados simultáneamente segun oye las voces del coro.)

CORO. (Dentro.) ¡Pss! ¡Pss!...

JUAN. ¿Lo veis?

CORO. (Id.) ¡Pss! ¡Pss! (Contestando por otro lado.)

JUAN. ¡Venid!

CORO. (Id.) ¡Pss! ¡Pss! (Por otro lado.)

JUAN. (Persuadiendo al Marqués á que le siga.)

¡Volved!

(Juan y el Marqués desaparecen rápidamente por la izquierda.)

ESCENA IV.

CORO de campesinos y lugareños llegando en todas direcciones y avanzando sigilosamente en parejas.

CAMPESINOS. ¿Para qué
me dijiste
que me ibas
á abrir,
si al pie
de la puerta

- LUGAREÑAS. me hiciste
dormir?
¿Por qué tú
mi camino
no quieres
seguir,
y al ver
la enramada
te espantas
así?
- CAMPESINOS. De mi amor
en el bosque
no quiero
tratar,
porque el duende
maldito
ya grima
me da.
- LUGAREÑAS De tu amor
en el bosque
me puedes
hablar,
porque el duende
me escuda
y amparo
me da.
- CAMPESINOS. Yo aquí no respiro,
yo me voy á ahogar,
yo por tí me abraso,
yo soy un volcan.
- LUGAREÑAS. Aire en la sierra
para respirar;
agua dan las fuentes
para refrescar.
- CAMPESINOS. Tú ya no me quieres.
- LUGAREÑAS. Tú me quieres mal.
- CAMPESINOS. Tú has de darme prenda.
- LUGAREÑAS. Ven por ella acá.
- CAMPESINOS. Yo de aquí no paso.
- LUGAREÑAS. Tú me seguirás.
- CAMPESINOS. Tente.

LUGAREÑAS.		Sigue.
CAMPESINOS.		Espera.
LUGAREÑAS.	No.	
CAMPESINOS.	Sí.	
LUGAREÑAS.	{	No tal.
CAMPESINOS.		Sí tal.

(En este momento empiezan todos á murmurar un coloquio íntimo, acalorado, imitado por la orquesta, y creciendo á su compás hasta su terminación, en donde cada uno de los Campesinos imprime un beso en la mano de su pareja. Las Lugareñas lanzan un grito y desaparecen por la enramada. Los Campesinos huyen por la izquierda.)

ESCENA V.

JUAN, el MARQUÉS.

HABLADO.

MARQ. Las mozas muerden el cebo
y acuden al bosque todas.

JUAN. Sí señor; pero los mozos
ponen piés en polvorosa.
No entreis, señor, en el bosque
en tal día y á tal hora.

MARQ. ¡Eh!... Patrañas inventadas
con intencion maliciosa
por bellacos como tú.

JUAN. No.

MARQ. Mi amor por todo arrostra,
Diez años hace que os sirvo
para que yo no os conozca.
Soldado era yo en el último
bloqueo de Barcelona,
cuando entré á vuestro servicio,
y siempre fuí vuestra sombra.
Hoy terminada la guerra
ya mis servicios os sobran:
vos me hicisteis guardabesque

del Rey; siempre es una honra,
pero como á vos, me cansa
esta paz abrumadora.

Como vos gimo y reniego,
y cifro, voto á mil bombas,
en las armas mi ventura
y en el pelear mi gloria.

Con el Rey privais: hoy mismo
para Italia os comisiona;
con vos llevadme, que aquí
ya me roe la carcoma.

MARQ.

Feliz tú que á vivir vas
donde mi ángel bello mora.

JUAN.

¡Para el bobo que os creyera!
No soy, pese á vuestra sorna,
mozo de tan poco aviso
que vuestra intencion no coja.

Dejaron fama en la córte
vuestras lides amorosas,
y acá en Balsain tratais
de poner el sello á todas.

MARQ.

Nunca sentí igual amor:
no, Juan, nunca como ahora.

JUAN.

Igual confesion oí
cien veces de vuestra boca.
Tambien quiero yo á Martina,
que es una cumplida moza
garrida como la palma

y dulce como la alcorza;
que despiden miel sus labios
rojos como la amapola,
y á ámbar huelen los cabellos
que sus mejillas azotan.

Muéstrase franca conmigo,
conmigo salta y retoza
y la intencion me sondea
con sonrisa juguetona.

Pero aunque me aguija el pecho
y el sentido me trastorna,
al yugo del matrimonio
Juan Chamorro no se dobla:
anda embistiendo marido,

pero conmigo no topa.
Gozar quiero yo á mi holgura
de mi libertad sabrosa;
más gustoso que anidarlas
es tirar á las palomas:
y más que en casa torreznos
plácenme en la ajena sopas;
y en mi estado, en fin, me estoy,
que es adquirir mujer propia,
de caballo de regalo
pasar á rocin de noria.

MARQ. Duro es el lance y acaso
prudentemente razones,
mas seguir quiero este empeño
aunque pese á mi alma toda.
(Óyese lejano ruido de voces.)
¿Qué voces son esas?

JUAN. Anda
la gente madrugadora.
Van de alborada; no hay nadie
que en tal noche se recoja.
Hacia aquí llegan: venid,
que yo os guiaré.

MARQ. En buen hora. (Váase.)

ESCENA VI.

ELVIRA, MARTINA.

MART. (Asomando por la enramada en acecho de Juan,
adelantándose á Elvira.)

(El taimado huye y se lleva
á su amo... ¡Oh! por más que corra...)

ELVIRA. Martina... esto es demasiado,
comienza á rayar la aurora.

MART. ¡Qué! Si es la luz de la luna;
ved que noche tan hermosa!

ELVIRA. Esta imprudente salida
de mi estancia... á tales horas...

MART. Á bien que no sois la única;
hoy todo el mundo trasnocha:

y el señor Marqués...

ELVIRA.

¡Silencio!

MART.

(¡Ya es mía!) El pobre os adora...
Pero vos...

ELVIRA.

¿Si ya conoces

mi pena, por qué me acosas?

Á tí hice depositaria

de mi secreto, á tí sola...

Yo amo al Marqués; á su voz

todo mi ser se trastorna:

tiemblo en su presencia; quiero

verle y huyo de su sombra,

que no es bien que por su amor

mi opinion en lenguas ponga.

MUSICA

ELVIRA.

Ante la lumbre ardiente

de su mirada

llena de amor,

bajo la altiva frente

acongojada

por el rubor.

Cuando con blando acento

mil ilusiones

forja su afan,

dentro del alma siento

que sus razones

cayendo van.

Me embarga en su presencia

frio mortal,

y al dolor de su ausencia

no hay otro igual.

MARTINA.

Cuando con rudo acento

torpes razones

me da mi Juan,

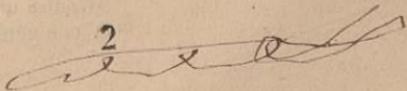
un buen razonamiento

de pescozones

lleva el truhan.

No me va en su presencia

ni bien ni mal,

2


pues lo que es en su ausencia
otro que tal.

- MARTINA. Ya su partida dispone el Marqués.
ELVIRA. Harto lo llora mi pecho leal.
MARTINA. Vamos al bosque, volvamos despues.
ELVIRA. Mal me aconsejas, me quieres muy mal.

Tan solo con su ausencia
se calman mis desvelos;
huir de su presencia
me ordena mi deber.
Y es tal la ardiente llama
que el pecho me devora
que si él mi amor reclama
mi amor ha de obtener.

- MARTINA. (Tan solo con su ausencia
se calman sus desvelos;
ponerla en su presencia
me ordena mi deber.
Si es tal la ardiente llama
que el pecho la devora,
pues que él su amor reclama,
su amor ha de obtener.)

HABLADO.

- MART. Hoy dispone su partida;
y en breve... (Ya se conforma.)
(Con rapidez para detener á Elvira que intenta
alejarse.)
Habladle ántes de partir;
premiad su afan...
- ELVIRA. (¡Cruel zozobra!)
- MART. Él vendrá aquí: no temais,
yo dispongo de esta choza.
En ella esperad.
- ELVIRA. (Dejándose conducir.) ¡Por Dios!..
- MART. ¡Eh! No seais melindrosa.
(Repiten más cerca los acordes anteriores,
Viene gente... no hay cuidado.)

Entrad.

(Elvira entra en una casilla de pobre aspecto.)
(¡Manos á la obra!)

ESCENA VII.

MARTINA, ESTEBAN.

- MART. Corro en busca del Marqués...
ESTEB. (Apareciendo en el fondo al salir Martina.)
No corras tanto, Martina.
MART. (Ya nos salió al paso el viejo
marrullero.) Voy de prisa.
ESTEB. Si tu secreto conozco
¿por qué mi presencia evitas?
MART. Señor Esteban...
ESTEB. Tenemos
que tratar de cosas íntimas.
MART. (¡Maldito viejo!..)
ESTEB. Acudamos
primero á la más precisa.
Que en la intrincada maleza
de ese bosquecillo habita
un duende casamentero,
es voz que el vulgo acredita
y cundir hizo en palacio
la cortesana malicia.
Falsos ellos, y ellas crédulas,
ya hizo el bosque tantas víctimas,
que el Santo Oficio tomó
parte en la amorosa liza.
MART. (Persignándose.)
¡Dios nos libre y nos defienda!...
ESTEB. Echa atrás la hipocresía.
Cunden en San Ildefonso
las influencias malignas
de la córte de Madrid,
que arde en amantes intrigas.
(Bajando la voz y con gran reserva.)
Á tantos desmanes urge
poner freno y cortapisa.
La camarera mayor,

la condesa de Altamira,
educa con este objeto
diez jóvenes camaristas
que hoy en el régio palacio
de San Ildefonso habitan.
Tu buena suerte al servicio
de una de ellas te destina;
sírvela bien, si no quieres
trocar en llanto la risa.

MART. Pues yo...

ESTEB. ¡Pues! De su inocencia
quiere triunfar tu malicia.

El Marqués de Torresanta
es noble, con el rey priva:
tu ama le vió, en hondo amor
ardió ya su alma sencilla,
y él la galantea, y tú
el galanteo apadrinas;
porque esta vez, no el ajeno,
sino el propio bien codicias.

MART. (¡Este viejo es el demonio!)

ESTEB. ¿Qué murmuras?

MART. Ni una sílaba.

ESTEB. El Marqués vendrá á este sitio
porque tú sus pasos guías:
él no tiene como tú
de todo el caso noticia,
y aún ignora que por órden
real le siguen la pista,
y es posible que esta vez
pague cara su osadía.

MART. Pues yo en eso...

ESTEB. Tú aquí eres
toda el alma de la intriga.

Te cansa la doncellez
y á mejor estado aspiras;
y aunque hoy propicia ocasion
el bosquecillo te brinda,
como ves que Juan Chamorro
en el anzuelo no pica,
en la red que al amo tiendes
le enreda al fin tu malicia.

- ¿No es esto verdad?
MART. Señor...
(¡Mal haya el viejo estantigua!)
ESTEB. Hoy el Marqués no abandona
estos lugares. Martina,
una vez en él conviene
que tu camino prosigas;
pero al avanzar no olvides
que hay quien tus pasos espía.
—Ya amanece: pardas nubes
nos velan la luz del día.
No se libra el Rey del agua
porque el chubasco está encima.
¿El Rey?
MART. Un voto solemne
ESTEB. hoy al Paular le encamina;
para el Rey Felipe Quinto
es memorable este día,
y mira: hácia aquí se acerca
con su escasa comitiva.
Busca á tu señora.
MART. (Dirigiéndose á la casa.) Aquí...
ESTEB. Lo sé: es tu morada antigua.
Se acerca el Rey.
(Esteban se aleja por la izquierda despidiéndose
lentamente de Martina con el gesto.)
MART. (Después que Esteban desaparece.)
Prosigamos
ya que él mismo me autoriza.
(Entrando en la casa.)
¡Ay, Juan Chamorro, recelo
que tu libertad peligra!

ESCENA VIII.

EL REY, el MARQUÉS, JUAN, ACOMPAÑAMIENTO.

- REY. ¿Pues qué es esta novedad?
¿Tráete, Marqués, desvelado
algun amante cuidado?
¿Cuál es la nueva beldad?
MARQ. Señor, no lay nada que pruebe

tal sospecha; tambien vos
madrugais.

REV.

Pero á los dos
razon distinta nos mueve.
Sirviendo á Dios me encamino
al monasterio cercano:
muévete á tí antojo humano;
á mí precepto divino.
Hoy hace diez y ocho años
que vencido en cruda lid,
abandonado en Madrid
me ví de propios y extraños.
Rey vencido entre sonrojos
de Barcelona volvía;
de mi cara monarquía
me cercaban los despojos,
y un tirano pensamiento
á la par me subyugaba
y en mi corazon se alza ba
la voz del remordimiento;
callada y honda inquietud
que nunca de mi supiste,
página triste del triste
libro de mi juventud.
Mas aunque un punto aquel dia
el destino me venció,
tambien desde él comenzó
á brillar la estrella mia;
que peleando al abrigo
de mi acrisolada fe,
donde mis armas llevé
la victoria fué conmigo.
Ya el recuerdo no me acosa
de mis desdichas pasadas;
ahogáronle las jornadas
de Almansa y Villaviciosa.
Tal es el voto profundo
de este dia consagrado;
bien ves que vivo apartado
de las miserias del mundo.
Pues yo á mis solas cría
que aun el mundo os daba guerra.

MARQ.

REY. Ay, Marqués; de él me destierra
mi negra melancolía.
Nada me inspira interés;
aún ignoro lo que pasa
dentro de mi propia casa.
Nada me altera.—¡Ay, Marqués!
No digo entera verdad.
Algo hay que en esta ocasión
turba de mi corazón
la dulce tranquilidad.
Un extraño sentimiento
mezcla de gozo y dolor:
ni á tí, mi amigo mejor,
puedo expresar lo que siento.
¿Belleza esquiva?

MARQ.
REY.

No tal:
que no es mujer imagino:
en aquel rostro divino
no hay nada de terrenal.
Tal á su vista me quedo
de confundido y turbado,
que medroso de su lado
quiero huir, y huir no puedo:
y si de mí se separa
siguen mis ojos su huella,
como si el alma tras ella
por mis ojos se escapara.

MARQ.
REY.

Nunca ese amor he sentido.
Pues no le anheles mejor.
Ya sé que en lides de amor
eres ducho y atrevido;
pero anda alerta, que aquí
la condesa de Altamira,
que hoy todo lo acecha y mira,
quizá caiga sobre tí.
Y si cogido te vieres,
no apeles á mi amistad,
que ella ejerce autoridad
y obra con amplios poderes.
Que Dios te guarde. (Alejándose por el fondo.)
(Á media voz acercándose al Marqués.) Señor,
¿sin hablar le dejais ir?

JUAN.

- MARQ. (Adelantándose al Rey.)
Pues á Italia he de partir,
pediros quiero un favor.
Este mozo me ha servido
con infatigable celo:
llevarle conmigo anhelo;
que me deis licencia os pido.
- REY. Tuyo es.—La nube está encima
y á dar las órdenes voy... (Al Marqués.)
No vengas: bueno es que hoy
de esa etiqueta te exima.
(Comienza á indicarse el chubasco con viento,
lluvia, etc. Váse el Rey.)

ESCENA IX.

EL MARQUÉS, JUAN, despues ELVIRA y MARTINA.

- JUAN. ¿Con vos me llevais?
MARQ. Segun
cómo pagues mis favores;
por estos alrededores
Elvira ha de estar aún.
Pláceme esta soledad;
y si en mi amoroso empeño
no me sirves...
- JUAN. Ya sois dueño
de toda mi voluntad.
- MARQ. Pues por aquí. (Se alejan al fondo.)
- JUAN. Guíad vos.
- MART. (Asomando por la izquierda en acecho de Juan.)
(¡Se van!)
- ELVIRA. Salgamos ahora.
- MART. No vayais por ahí, señora,
que está el Rey al paso.
- ELVIRA. ¡Oh Dios!

MUSICA.

- MARTINA. Pasito, quedito;

- tenemos del bosque
el paso espedito.
ELVIRA. ¿Adónde conduce?
MARTINA. Conduce al jardín.
ELVIRA. Volemos.
MARTINA. Despacio.
(Dirigiendo miradas al fondo, como para llamar
la atención al Marqués.)
La puerta de escape
nos abre el palacio.
ELVIRA. ¿Mas cómo entraremos?
MARTINA. Yo tengo el llavín.
(Ya vienen.)
(Observando al Marqués y á Juan.)
MARQUES. (Descubriendo á Elvira.)
¿Qué veo?
ELVIRA. Arrecia la lluvia.
MARQUES. (Llegando rápidamente á las dos.)
¡Mi Elvira adorada!
ELVIRA. (Desapareciendo por el bosque al ver al
Marqués.)
¡Dios mío!
JUAN. (Procurando contener al Marqués.)
¡Señor!...
MARQUES. Tras ella corramos.
JUAN. Señor...
MARQUES. (Entra en el bosque.) Galla y vamos.
JUAN. Ya voy.
(Al entrar Juan en el bosque, la luz de un gran
relámpago le detiene y hace que se persigue.)
¡Santa Bárbara
me dé su favor!
(Entra detrás del Marqués. En este instante es-
talla la tempestad, que crece, llega á toda su
fuerza y se extingue durante el solo ejecutado
por la orquesta, á cuya mitad se descubre la figu-
ra de Estrella en el centro de la escena, ilumina-
da por la luz de un gran relámpago. Cruzan dos
líteras que salen del bosque conducidas misterio-
samente y escoltadas por los Cuadrilleros.)

ESCENA X.

ESTRELLA.

¡Dios guarde al rey!
Cerca de mí se halla
su majestad.
¡Tirana ley!
Ya en torno mio estalla
la tempestad.

(Estrella avanza lentamente por la escena hasta llegar al proscenio siguiendo con la expresion conveniente las últimas cadencias de la orquesta que preceden al andante. Comienza á iluminarse la escena hasta quedar bañada de luz.)

En plácida noche tranquila y callada
al bien compasivo mi pecho se abrió;
bien haya la noble y oculta morada
que al Rey fugitivo de noche albergó.

¡Ay! de la afrenta
con que me hirió
pedirle cuenta
no puedo yo.

Tambien el destino para él fué allí aciago;
la muerte en el alma llevaba con él,
que incendios y muertes y ruina y estrago
la senda cubrían del régio doncel.

¡Fiero tormento!...
¡Suerte cruel!...
buscarle intento
y aún huyo de él.

No han de ver llanto en mí
cuantos me cercan hoy;
si altiva dama fuí
labriega tosca soy.
Ya el porte en fin dejé
de dama principal;
mi talle disfracé

— 2. —
con rústico brial.

ESCENA XI.

ESTRELLA, ESTEBAN.

HABLADO.

Al terminar la pieza musical Esteban aparece en el fondo.

- EST. Ven acá, mi viejo Esteban.
ESTEB. Mi señora...
EST. Dios te guarde;
que con tu presencia alegre
la luz de los cielos traes.
ESTEB. Nada hay como un buen amigo
para ahuyentar temporales.
¿Visteis al Rey?
EST. Si me hablas
de amigos, de él no me hables.
ESTEB. ¿Pues de cuándo acá del Rey
enemiga os declarásteis?
No tuvo el Rey don Felipe
jamás entre sus parciales
mejor servidor: por él
disteis oro, hacienda y sangre,
y lo que es más todavía,
una noche de hospedaje.
EST. ¡Calla!
ESTEB. Vengo á hablar de vuestra
hija.—No nos oye nadie.—
Hija es del Rey don Felipe:
fuerza es que el misterio acabe.
EST. ¿Lo dispones tú? ¿Quién eres
para tanto?
ESTEB. Quien durante
vuestras ausencias veló
con afán inquebrantable
por vuestra hija desdichada;
quien dispó sus pesares

- y alegró su infancia triste
con el cariño de padre.
- EST. Del mio debí ocultarla
para evitar nuevos males.
- ESTEB. ¿Quién no temía las iras
de su terrible carácter?
Bien hicisteis cuando oculta
y lejos de él la educásteis.
Mas ya murió el conde; ya
no hay razon que os acobarde.
- EST. Una hay para mí invencible.
- ESTEB. Ser vuestra hija es la más grande.
- EST. Mas no lo es de bendicion.
- ESTEB. ¿Qué importa si es vuestra sangre?
- EST. ¿Padres mi hija y no legítimos?
Llórelos perdidos ántes.
Viva yo oscura, ignorada
entre el vulgo miserable;
pero, Esteban, que á ella no
la afrente ni humille nadie.
Y basta ya.
- ESTEB. No señora,
que ahora entra lo más grave.
Vuestra hija está enamorada,
va os lo dije.
- EST. No te alarme.
- ESTEB. La ha trastornado el Marqués
de Torresanta y en grande.
- EST. Es un hombre ilustre.
- ESTEB. ¡Vaya!
Es un partido brillante.
- EST. Yo haré...
- ESTEB. Si ya está hecho todo.
- EST. ¿Cómo?
- ESTEB. Del modo más fácil.
La condesa de Altamira
es una mujer notable:
para evitar disensiones
entre damas y galanes,
dictó ya órdenes severas,
y á fe que no ha sido en balde,
pues por ellas el Marqués

se une hoy en sagrado enlace.
Ya le dejo en la capilla
de palacio hace un instante.

EST. ¿Cómo?...

ESTEB. Entre cuatro sayones,
un cura y dos sacristanes.
Tenemos que convenir
en que es apretado el lance:
de un lado la Inquisicion,
del otro los esponsales:
colabozo ó bendiciones,
boda ó *requiescant in pace*.

EST. ¿Estás en tí? ¿De quién hablas?
¿Qué enlace es ese?

ESTEB. El enlace
del Marqués con doña Elvira.

EST. ¿Qué... qué has hecho? ¿Y así hollaste
mi autoridad, mis derechos
sagrados, incontrastables?
Corro á ver á la condesa.

ESTEB. Temo que llegueis ya tarde.

EST. ¡Ay de tí si eso es verdad!
No me sigas, no me hables.

(Sale precipitadamente por el fondo.)

ESCENA XII.

ESTEBAN.

Bien hice: ni me arrepiento,
ni á lo hecho remedio cabe.

(Óyese rumor de voces.)

Ya cundió la nueva, al pobre
Juan no hay de esta quien le salve.

(Se aleja por la izquierda.)

ESCENA XIII.

CORO DE ALDEANOS y ALDEANAS, despues JUAN.

MUSICA.

UNOS. Es él; miradle allí.

OTROS. Cambió de direccion.
TODOS. No ha de faltarle aquí
mi felicitacion.

UNOS. Cayó el señor Marqués.

OTROS. Y Juan tambien cayó.

TODOS. En un decir Jesús
casaron á los dos.

ALDEANAS. Tal pena á tal delito:
bien la ha pagado Juan.
¿Cuándo á mí en el garlito,
cuándo me cogerán?

ALDEANOS. Si grande fué el delito
pena mayor le dan.
Nunca á mí en el garlito,
nunca me cogerán.

TODOS. Ya viene hácia aquí:
haceos atrás.
¡Eh, Juan! ¡Eh, Juan!

(Llamándole á gritos.)

JUAN. (Entrando atropelladamente.)

¡Condenacion!

¡Yo no soy Juan!

¡Soy un leon!

¡Soy un caiman!

(Los Aldeanos tratan de cercarle. Juan los rechaza á bofetones y puntapiés.)

Que os divido con un bofeton:

¡pim, pom!

Que os aplasto de un tan tarantan:

¡pim, pam!

De embestiros me da tentacion.

¡Hic! ¡Hom!

De morderos impulsos me dan.

¡Him! ¡Ham!

¡Pobre Juan!

¡Pobre Juan!

CORO.

JUAN.

Qué hace un hombre ahora,

¡voto va á Luzbel!

si le echan el yugo

lo mismo que á un buey!

CORO.

Darte deseamos
nuestro parabien,
y en tan fausto día,
muchos como él,
tu feliz horóscopo
vas á conocer.

(Formando corro en torno de Juan y con burlesca
expresion.)

La buena ventura
ya Dios te la dá,
si un dia te pica
arráscatela.
Al mes de casado
solo sumarás;
y á los nueve meses
multiplicarás.
Y serás marido,
y serás papá,
y serás abuelo,
y serás...

(Comenzando á bailar de pronto.)

Larán,
larán, lan, larin,
larán, lan, larán.
Serás un Juan Lanás,
un bendito Juan.
¡Yo soy un leon,
yo soy un caiman.
Basta de larin,
basta de larán!
Larán, lan, larin,
larán, lan, larán.

JUAN.

CORO.

(El Coro sale huyendo perseguido por Juan.)

ESCENA XIV.

JUAN, despues el MARQUÉS.

HABLADO.

- JUAN. ¡Qué horóscopo! Me hace temblar.
Ya aquí no puedo vivir,
ya soy el hazme reir,
la fábula del lugar,
Bendito mi amo, amen;
por él... Á buscarle vuelo
y á decirle...
- MARQ. (Llegando precipitadamente.)
¡Vive el cielo!
- JUAN. ¡Uff! ¡Bueno viene él tambien!
- MARQ. ¿Yo burlado? ¿Yo vencido?
- JUAN. ¡Señor!...
- MARQ. (Acometiéndole.) ¿Eres tú?
- JUAN. (Huyendo.) Yo soy.
- MARQ. ¡Al cabo contigo doy,
ruin, villano, mal nacido!
- JUAN. ¿Vos conmigo? ¡Buena hacienda
hemos hecho; mal pecado!
¿Yo soy el descalabrado
y vos os poneis la venda?
- MARQ. ¿Pues quién sino tú intentára
con tan ruin desembarazo
tenderme en el bosque el lazo
para que en él me enredara?
¡Por Cristo! «No entreis, señor,
en el bosque»—me decías,
y mi deseo encendías
para atraerme mejor.
- JUAN. ¿Yo intentar crimen tamaño?
- MARQ. Tú de acuerdo con Martina.
- JUAN. Vuestra mente desatina.
¿Yo con Martina? ¡Mal año!
Antes que con ella en paz,
con el mundo entero en guerra.
Antes me pudra la tierra,

antes me seque en agraz,
y me postre mal catarro,
y me pinchen y me sajen,
y en fin, que me descerrajen
un tiro á boca de jarro.

MARQ. ¿Cómo entónces ¡vive Dios!
te rendiste á órden tan fiero?

JUAN. ¿Qué mucho que me rindiera
si os habeis rendido vos?

Yo soy hombre bajo y ruin;
soy en suma un pobre Juan:
pero vos, noble, galan,
apuesto y bizarro, en fin...

MARQ. Ni á calabozos sombríos
cedí, ni á inmundos sayones;
que en más fuertes ocasiones
probé los alientos míos.

Sobrenatural poder
un punto me subyugó;
resistirle quise, y no
pude su influjo vencer.

JUAN. ¡Flaqueza!

MARQ. ¡Fatalidad!

JUAN. Como querais: más por ello
nos echan un nudo al cuello
por toda una eternidad.

MARQ. No; yo ese enlace resisto:
una vez vuelto en mi acuerdo,
yo mi libertad no pierdo.

JUAN. ¡Eso sí; cuerpo de Cristo!...

La mía cobro señor;
vuestra suerte he de seguir:
si á Italia hemos de partir,
cuánto más pronto mejor.

MARQ. Preven las maletas.

JUAN. Pues:

con toda velocidad. (Mirando por la derecha.)

Pero ¿qué veo? mirad

lo que viene allí.

MARQ. ¡Ella es!

¡Dios de su mano me tenga!

JUAN. ¡Este sí que es lance fuerte!

ESCENA XV.

EL MARQUÉS, JUAN, ELVIRA, MARTINA.

MART. (Siguiendo á Doña Elvira.)

¿Á dónde vais de esa suerte?

ELVIRA. Nada hay ya que me detenga.

MARQ. ¡Aquí vos!

ELVIRA. Marqués, aquí
me trae sagrado derecho.

MARQ. Señora, hecho está lo hecho:
no exijais ya más de mí.

¿Buscáis razon?—La teneis.

¿Nombre?—Mi honor os le fía.

¿Fortuna?—Vuestra es la mia;

pero mi amor no busqueis.

(Elvira quédase anonadada, retrocediendo delante
del Marqués.)

JUAN. (Disputando con Martina.)

¡Qué empalagosa!

MART. ¡Qué arisco!

ELVIRA. ¡Oh! ¡mátenme mis sonrojos!

(Cubriéndose el rostro con ambas manos.)

MART. Juan, vuelve hácia mi los los ojos.

JUAN. Quisiera ser basilisco.

MUSICA.

ELVIRA. De tan injusta ofensa
os pido explicacion.

MARQ. Pedidla á vuestro engaño
y os la dará mejor.

ELVIRA. En contra de ese insulto
ya se alza mi altivez.

MARQUES. La mia no entra en este
ridículo entremés.

ELVIRA. Yo os rindo mi albedrío.

MARQUES. De nuevo le cobrais.

ELVIRA. ¿No habeis de verme nunca?

MARQUES. ¡Jamás!

ELVIRA.

¿Jamás?

MARQUES.

¡Jamás!

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS, JUAN, ELVIRA, MARTINA, ESTRELLA.

Elvira se halla cerca del Marqués anegada en llanto: Estrella aparece en el fondo; contempla un instante al Marqués y á Elvira y avanza hácia ella con tierna solicitud.

ESTRELLA.

¿Quién aquí airado,
descomedido,
tocar ha osado
mi bien querido?

(Encarándose de pronto con el Marqués.)

¿Vos por ventura?

¿Sois vos quizá?

¡Atrás!

¡Atrás!

Á su honra pura
no oseis jamás.

ELVIRA.

De vos, señora,
mi bien espero;
mi bienhechora,
mi amor primero.

Mi fe quebranta
y huye además.

¡Jamás!

¡Jamás!

con pena tanta
no puedo más.

ESTRELLA.

Su amargo llanto
causásteis vos.

¿Quién á tal crimen
os arrojó?

MARQUES.

Mi ligereza,
su imprevisión.
Por trama inicua
su esposo soy;
mas de ella lejos...

ESTRELLA. (Interrumpiendo al Marqués con enérgica expresión.)

¡Lejos! Por Dios
que del divorcio
me encargo yo.
Será legítima
separacion.

JUAN.

¡Qué brava hembra!
Es de mi flor.
¡Ay, si lograra
la de los dos!

ESTEB. (Llegando ahora y dirigiéndose á Estrella desde el centro de la escena.)

El rey se acerca

TODOS.

¡El rey!

ESTRELLA.

¡Grac Dios!

ESCE NA XVII.

ESTRELLA, ELVIRA, MARTINA, el MARQUÉS, ESTEBAY,
JUAN, el REY, CORO DE CABALLEROS, ALDEANOS, AL-
DEANAS, que invade poco á poco la escena detrás del REY.

REY. (Acercándose al Marqués con gran jovialidad.)

Ya á mis oídos
llegó el rumor:
mi enhorabuena
cordial te doy.
¿Cuál es la dama
que te prendió?

ESTRELLA. (Presentando á Elvira al Rey.)

Vedla.

REY.

(¡Qué miro!)
¡Soñando estoy!
El ángel bello
que me hechizó:
ángel purísimo
de redencion.)

(El Rey ocupa el centro de la escena teniendo á su derecha á Elvira, Estrella, Martina y Juan; á

su izquierda al Marqués y á Esteban. El coro ocupa detrás toda la escena.)

REY. Del fuego que arde en mí
la llama he de templar
interponiendo aquí
mi régia autoridad.

ESTRELLA. Al ver turbada aquí
del Rey la altiva faz,
un eco se alza en mí
de mi perdida paz.

ELVIRA. Yo el alma le rendí,
le dí mi voluntad,
no hay dicha para mí;
no hay ya felicidad.

MARQUES. Yo amante la seguí;
yo adoro su beldad;
mas yo no rindo así
mi ansiada libertad.

ESTEBAN. Turbóse, ¡pesiamí!
del Rey la altiva faz.
¿Por quién se altera así
su escelsa majestad?

MARTINA. (Persiguiendo siempre á Juan.)
No has de lograr aquí
cobrar la libertad,
justo castigo en fin
de tu imbecilidad.

JUAN. Si no consigo aquí
cobrar mi libertad,
yo haré al cabo y al fin
una barbaridad.

CORO. Alegre ha entrado aquí
y airado y grave está;
temor de verle así
me da su majestad.

REY. ¿Tú eres su esposo?

MARQUES. Nunca, señor.
No así se rinden
hombres cual yo.
Al sí arrancado
por la traicion,

- mi orgullo herido
contesta *no*.
- REY. (Con severidad.)
¡No! ¡Vive el cielo!
Tienes razon.
Tu negativa
recojo yo.
- ELVIRA. (Con enerjía.)
Para aceptarla
se alza mi voz,
y abre un abismo
entre los dos.
- ESTRELLA. (Con gozosa e xpresion.)
(Mi sangre en ella
se reveló.)
- REY. (Brava y altiva
demostracion.)
(Adelantándose á Elvira.)
Mi fe os escuda.
- ESTRELLA. (Interponiéndose.)
Tened, señor;
yo de esta dama
tutura soy,
y hoy ampararla
debe mi amor.
- REY. Tiene en palacio
habitacion,
y en él soy único
dueño y señor.
(Tomando á Elvira de la mano.)
Sea vuestro escudo
mi proteccion. —
Y en cuanto al lance
que aquí ocurrió
debo deciros
en conclusion,
que en labio alguno
se alze una voz;
ni el más ligero
leve rumor!
- (Cada uno con la expresion conveniente á su si-
tuacion.)

Todos

Ni el más ligero
leve rumor.

(El Rey desaparece conduciendo á Elvira. Estaban se acerca á Estrella con la que departe en voz baja. Juan hace lo mismo con el Marqués. Martina espía todos los movimientos de Juan. El coro se inclina respetuosamente haciendo paso al Rey.—Cuadro expresivo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Pintoresca y espaciosa glorieta en los jardines de la Granja.
próxima á la fachada principal del palacio. Sillas rústicas
y asientos de cesped.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE GUARDAS y FONTANEROS.

MÚSCA.

CORO.

Cubrid la inmensa
fontanería,
llave en la mano
y ojo avizor.
Cerrad el paso
de los renuevos:
plantas y flores
guardad mejor.

Puede empezar á gusto
la fiesta real,
cuando el monarca augusto
dé la señal.

Damas y caballeros
hoy la honrarán;

guardas y fontaneros
prontos están.

UNOS. Falta Juan.
OTROS. Es verdad.
UNOS. Vedle aquí.
OTROS. Ven acá.

CORO. Tú que amas tanto
la obligacion,
¿cómo hoy te muestras
tan remolon?

JUAN. Ya mi persona
se trasformó;
no soy ya el mismo;
yo no soy yo.

CORO. ¿Qué tienes?

JUAN. Tengo
sobre la nuez
una culebra
de cascabel;
un alevoso
gato montés:
tengo, por último,
una mujer.

En mi casa entróse
¡paf! de sopeton;
y ha hecho ya en mi hacienda
un destrozo atroz;
come la endiablada
más que un sabañon,
bebe como un suizo,
grita á toda voz,
duerme á pierna suelta,
ronca á su sabor,
y aún la muy picaña
cada nuevo sol
dice que no cumplo
con mi obligacion.
¿Pues en qué la faltas?
¡Qué me sé yo!

CORO.
JEAN.

CORO. Cuando ella lo dice
tendrá razon.

JUAN. Tanto mejor:
que alborote, que grite, que estalle,
y al cabo reviente
del sofocon.

Mano sobre mano
todo el dia está:
sale de bureo,
hace el pavo real,
trae y lleva cuentos
con la vecindad;
toma con los unos,
busca á los demas,
corre que te corre,
dale que le das,
y aún me dice el cura
lleno de bondad,
que la enoje ménos
y la mime más.

CORO. ¿Y tú no la mimas?
JUAN. ¡Qué he de mimar!
CORO. Pues le faltas al cura
y á ella á la par,

JUAN. Será verdad:
más que rabie, que gruña y que estalle,
cuanto ántes reviente
mejor será.

HABLADO.

GUAR. 1.º ¿Conque seguís siempre en guerra.

JUAN. Siempre; ya es cosa sabida.
Me hace pasar una vida...
no se vió vida más perra.
Quince dias hace ya
que en mi casa se metió.

GUAR. 1.º Si eres su marido...

JUAN. No.

GUAR. 1.º ¡Pues no te casaste!

JUAN. ¡Cá!

No me casé; me casaron,
lo mismo que á mi señor;
y él ha escapado mejor,
que en libertad le dejaron.

GUAR.

¿Cómo?

JUAN.

Como que el Marqués
es más altivo, y más fuerte...
¡Malhaya sea mi suerte!...

GUAR. 1.º Sigue, que tiene interés.

JUAN.

Protestó en breves razones
de tan fiero despotismo;
y llegó al Rey, y al Rey mismo
tambien le dijo que nones:
y se armó la tremolina
de la que mi amo salió
libre y sin costas, y yo
fuí condenado á Martina.
Mas no quiere el Rey que cunda
el hecho; conque imitad
mi obediencia... ¡Chss!... guardad
la reserva más profunda.

GUAR. 2.º ¿Y el señor Marqués, qué tiene?

GUAR. 3.º Algo le escarabajea.

JUAN.

Que está como una jalea.

(Mirando por el fondo.)

Pero callad; aquí viene.

GUAR. 2.º Mal humor trae.

GUAR.

¡aya un gesto!

JUAN.

Marchaos.

GUAR. 1.º

Tiene razon.

Listos á la obligacion,
y cada cual á su puesto.

(Los Guardas se van por la izquierda á tiempo que
llega el Marqués por la derecha.)

ESCENA II.

EL MARQUÉS, JUAN.

MARQ. Espera, Juan.

JUAN. ¡Mi señor!

MARQ. (Excesivamente agitado.)

¿Y el Rey? Le vi hace un instante:
iba con ella... es su amante...
yo he descubierto su amor.

(Paseando con gran inquietud.)

y ella tambien... ¡Qué maldad!

¿La has visto? ¿Salió al jardin?

Díme cuanto veas sin

ocultarme la verdad.

Por supuesto que es en vano

que de ella alejarme intente,

y ella lo ve... y lo consiente...

¡Téngame Dios de su mano!

¿Quieres más alevosía?

¿Más infamia quieres? No.

Tal mengua no sufro yo.

JUAN. (¡Anda, anda, qué letanía!)

MARQ. Voy tras ella; no me sacio

de averiguar... de saber...

constante espía he de ser

de cuanto ocurra en palacio.

JUAN. ¿Dónde vais?

MARQ. Voy á aclarar

de una vez tan fiero agravio;

no me arguyas... ten el labio;

no me hagas desesperar.

(Se va precipitadamente.)

JUAN. ¡Celoso está! Vive Dios

que echa por los ojos fuego.

MART. (Entrando de pronto.)

Señor Juan.

JUAN. ¡Otra te pego!

MART. Tenemos que hablar los dos.

ESCENA III.

MARTINA, JUANA.

MART. Hay quien dice, y yo lo oí,
y no os lo quiero pasar,
que vos por todo el lugar
vais hablando mal de mí.

JUAN. Miente el pícaro impostor
que tal murmura en mi daño.
¿Hablar yo mal? Es engaño;
hablo mil veces peor.

MART. Pues menguado, mal nacido,
¿que así yo en lenguas me vea?
¿Qué hallais en mí que no sea
noble, apuesto y comedido?
¿Qué vicio hay que me avasalle?
¿No es mi virtud limpia y clara?
¿Qué echais en cara á mi cara?
¿Pues qué decís de mi talle?
En el mundo no habrá dos
mujeres que me compitan.
¿Qué prendas se necesitan
para agradaros á vos?
¿Mi persona no os encanta?
¿Mi trato no os embelesa?
¿No honro vuestra casa y mesa?
¿Mi vida no es buena y santa?
Me levanto con la aurora
que esto en verano es sabroso,
y el cuerpo, mas que reposo,
pide ejercicio á esa hora.
Sin molestaros jamás
entro y salgo, voy y vengo,
en mis ocios me entretengo,
y vuelvo á casa... y ¿qué más?
Como de lo que teneis;
bebo del que embotellais;
gasto de lo que ganais;
decidme: ¿qué más quereis?

JUAN. Nada: fuera gollería
pedir más gracia y esmero:
para un pobre jornalero
sois una ganga á fe mia.
Mal año para el que os vea,
y no os siga y no os requiebre,
y no os ronde y no os celebre
en la córte y en la aldea;
que vuestras lindas facciones
dan infernales antojos:
la lumbre de vuestros ojos
abrasa los corazones,
y vuestro amoroso trato
hace en el alma cosquillas,
y no hay en ambas Castillas
moza de más garabato.
Gustoso os rindo la palma
en belleza y discrecion,
porque dicho en conclusion
sois un dije en cuerpo y alma.
Sólo en vos alcanzo á ver
un defecto, y ese os pilla
desde el pie á la coronilla.
¿Cuál es?

MART.

JUAN.

Que sois mi mujer.

Y yo encontraría buenos
vuestro talle y vuestra cara,
si de mujer se mudara
cada semana á lo menos.

MART.

JUAN.

Acortemos de razones.
Por mí asunto terminado.

MART.

JUAN.

Ello, en fin, ya estais casado.

MART.

JUAN.

Por sorpresa, y á empellones.
Jurásteis fe.

MART.

JUAN.

Pues reniego.

Á lo hecho ya no hay tu tia.
¿Cómo que no? El mejor dia
tomo las de Villadiego.

MART.

JUAN.

Yo os sabré tener á raya;
pues la mujer es sabido
que ha de seguir al marido
á donde quiera que vaya.

JUAN. Antes me abran el hoyo.
MART. ¿Mataros? ¡Ay! eso no;
eso no lo sufro yo:
me hace falta vuestro apoyo.
¿Qué será de mí si os pierdo?
No tengo padre ni madre
ni perrillo que me ladre
fuera de vos.
JUAN. Pues yo muerdo.
MART. ¿Que nada os ha de vencer?
JUAN. No tengo más que decir.
MART. Pues yo os he de perseguir.
JUAN. Pues yo os he de hacer correr.

ESCENA IV.

ESTRELLA, MARTINA, JUAN.

EST. ¡Hola! ¿Nunca os he de hallar
en paz y en gracia de Dios?
JUAN. Es ella.
MART. Es él.
EST. Sois los dos.
Vete. (A Juan.) Tenemos que hablar.
(A Martina.)
JUAN. Es que yo...
EST. (Con imperio.) El deber te espera.
El deber ántes que todo.
JUAN. (Manda esta mujer de un modo...)
(Obligado por el ademan de Estrella.)
Voy... (Pues no es poco altanera!)

ESCENA V.

ESTRELLA, MARTINA.

MART. Está cada vez más bravo;
pero ya se amansará.
EST. Bien; dejemos eso ahora.

- Vengo en tu busca.
- MART. Mandad.
EST. El Marqués de Torresanta
está aquí.
- MART. ¡Pues no ha de estar!
Y más hoy... él no abandona
estos lugares jamás,
pero hoy con doble motivo:
ya sabreis la novedad.
Hoy hay gran fiesta en palacio.
EST. Ya lo sé.
- MART. Y correrán
las fuentes: toda la córte
reunida en palacio está.
- EST. Bien: busca al Marqués.
- MART. Volando.
EST. Este papel le darás:
mas no digas quién te envia.
Si pregunta...
- MART. Es natural:
preguntará de quién es.
- EST. En el contenido va.
- MART. Voy al punto. (¿Papelitos
al Marqués? ¿Qué le dirán?) (Váse.)

ESCENA VI.

ESTRELLA, ESTEBAN.

- EST. ¡Esteban!
ESTEB. (Llegando diligente.) Todo está hecho
segun vuestra voluntad.
El Rey con toda la córte
á los jardines saldrá:
con esta sencilla fiesta
dispone solemnizar
la partida de las nuevas
camaristas: todas van
mañana á Madrid.
- EST. No todas.
ESTEB. Menos una, claro está:
y esa no debe alejarse

- de vuestro lado jamás.
La de Altamira dió al Rey
la autorizacion legal
que os acredita, segun
la postrera voluntad
de sus padres, como aya
y curadora además
de doña Elvira Acebedo
de Villaroel y Orgaz.
- EST. Era el nombre de mi madre.
- ESTEB. Él basta para aspirar
al partido más brillante
de la córte, y además
el Rey la trata y distingue
con afecto paternal;
misterioso sentimiento,
dulce y escondido afan
que brota en su corazon,
puro, entrañable, sin par.
Vos la acercásteis al Rey...
logrado el objeto está.
- EST. Y el hecho se ha divulgado...
- ESTEB. Sin duda: en mi calidad
de proveedor de la córte
y del ejército real
entro y salgo yo en palacio
con entera libertad,
y sé que el caso se observa
y comenta sin cesar:
y sobre todo el Marqués...
- EST. Es un aturdido.
- ESTEB. Está
enamorado y celoso.
- EST. Despechado nada más.
- ESTEB. Su pasion...
- EST. Ciego arrebató.
- ESTEB. Su agitacion...
- EST. Vanidad.
No impera otro sentimiento
en su alma fria y audaz.
- ESTEB. Así perdió á doña Elvira ..
- EST. Para no hallarla jamás.

Ya está en mi poder el breve
que envia su Santidad:
su union con Elvira queda
por siempre anulada ya.

ESTEB.

Doña Elvira le ama.

EST.

Sí.

Por eso, Esteban, no más
de la cólera del Rey
al Márqués quiero salvar.
La córte saldrá al jardin;
oportuna es en verdad
la ocasion. ¿Están cumplidas
mis órdenes?

ESTEB.

Sí lo están.

Joyas... brocados... la banda...
Todo está á punto.—Mirad:
el Marqués se acerca.

EST.

Vete.

ESTEB.

¿Vos le esperabais?

EST.

Quizás.

ESTEB.

Sondead sus sentimientos.
Sonsacadle...

EST.

Vete ya.

ESCENA VII.

ESTRELLA, el MARQUÉS.

MARQ.

(Leyendo un papel.)

«Con el Rey airado os ví;
»no ofendais al Rey, por Dios;
»Ved, Marqués, que os perdeis vos
»y no me ganais á mí.»

MUSICA.

Nadie firma el papel:
falaz misiva.
Ella me insulta en él,
mi furia aviva.

EST.

(Avanzando hasta el Marqués, de quien ha sé-

guido los movimientos con vivo interés.)

Calma, señor Marqués,
cobrad la calma.

¿Cuyo ese escrito es
que os roba el alma?

MARQUES. ¿Sois vos, señora?

ESTRELLA. Yo soy, Marqués.

MARQUES. ¿Ella os envía?

ESTRELLA. ¿Ella quién es?

MARQUES. La que arrogante
dicta hoy la ley;
la favorita
feliz del rey.

ESTRELLA. El Rey la ensalza.

MARQUES. Su infame amor.

ESTRELLA. Tened el labio
calumniador.

MARQUES. Su honra es mi honra

ESTRELLA. No, vive Dios,
tan alta dama
no es para vos.

Sobre el cielo divino
de sus facciones
derramaron las gracias
sus perfecciones.

Del amor casto nido
en su alma bella;
las más altas virtudes
moran en ella.

No, vive Dios;
tan perfecta hermosura
no es para vos.

MARQUES. Un día y otro día
seguí su huella;
la dulce paz del alma
perdí por ella.
Amor la puso en medio
de mi camino;
luchar ya más no puedo
contra el destino.

Sobre mi amor
se alza hoy mi noble orgullo,
mi altivo honor.

ESTRELLA. Vos su fe encendisteis
y la hollásteis vos:
fiero, impío agravio
se alza entre los dos.
Y pues necio, osado
y desatinado
recobrar quisisteis
vuestra libertad,
tan ciega condicion,
tan loca vanidad
rompió la santa union
por una eternidad.

MARQUES. Yo mi amor constante
á sus piés rendí;
y del suyo artero
en la red caí.
Hoy mi honor preciado
puro, inmaculado
al favor inmola
de su majestad.
Su pérfida traicion,
su inícua veleidad
me hirió en el corazon
con fiera crueldad.

HABLADO.

EST. Con vuestro genio violento
y vuestro rudo lenguaje,
ni hareis fortuna en la córte
ni hallareis mujer que os ame.

MARQ. Es que me hostigan, me exaltan,
exacerban mi carácter.

EST. No hacen sino terminar
lo que vos mismo empezásteis.

¿Vuestra libertad queríais
recobrar? Nada más fácil:
rota queda vuestra union:
ya sois libre como el aire.
¿Cómo?

MARQ.

EST.

Ya ha llegado el breve
que remite el Santo Padre.

MARQ.

¿Y á vos, qué interés os lleva
en este asunto?

EST.

El más grande.—

No hagais resistencia al Rey,
que os honra con sus bondades;
no celeis á doña Elvira
con importunos alardes,
y dad su nombre al olvido
y que nunca más os halle.
Señora...

MARQ.

EST.

Ni una palabra.—

Señor Marqués, Dios os guarde.

ESTEB.

(Llegando por la derecha y reservadamente á Es-
trella.)

La córte sale al jardin.

EST.

No hay que perder un instante.

(Esteban y Estrella se van por el fondo. Juan lle-
ga por la izquierda.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS, JUAN.

MARQ.

¡Ira del cielo!

JUAN.

Señor.

MARQ.

¿Quién te llama? ¿Qué te trae?

JUAN.

El Rey va á llegar.

MARQ.

¿El Rey?

Le espero: tengo que hablarle.

JUAN.

Por Dios, señor, no vayais
á hacer algun disparate.

MARQ.

Déjame.

JUAN.

Pero señor...

MARQ.

No me hostigues, no me canses.

JUAN.

El amor de doña Elvira

- dió con vuestro juicio al traste.
- MARQ. ¿El amor dices? ¿Pues tú presumes que yo la ame? No es su nacarada frente, ni sus negros ojos árabes, ni sus purpurinos labios, ni su sonrisa de arcángel, ni su cuello alabastrino, ni su torneado talle; no es ella, en fin, quien enciende el fuego que en mi alma arde; es mi amor propio ofendido que airado del pecho sale, y ante el Rey, ante la córte se alza ya pidiendo sangre.
- JUAN. Os pareceis al hambriento despreciando los manjares. Vos huís de doña Elvira y estais muertecito de hambre.
- MARQ. Ya nunca más he de verla.
- JUAN. ¡Cá!
- MARQ. Tú ignoras... Tú no sabes... Pidióse el divorcio á Roma: ya remitió el Santo Padre el breve, en cuya virtud queda roto nuestro enlace.
- JUAN. El nuestro... roto...
(Avalanzándose de pronto al cuello del Marqués.)
¡Ay señor,
permitidme que os abrace!
Que me ahogas.
- MARQ. Perdonad
- JUAN. este natural arranque.
¿Conque roto?... ¿Conque libre?
Conque... conque... conque... ¡Tate!
(Mirando por el fondo.)
¡El Rey!
- MARQ. ¡Conténgame Dios!
- JUAN. Retiraos á esta parte.
(El Marqués se retira obligado por Juan.)

ESCENA VIII.

EL VIRA, el REY, el MARQUÉS, DAMAS y CABALLEROS.

MUSICA.

CORO. Paso franco al Rey
que hoy nos brinda los encantos del jardin.
Este hermoso edem
es más bello que la córte de Madrid.

¡Paso al Rey!

¡Paso al Rey!

REY. (Llegando ahora con Elvira.)

Gracias mil os doy.

¿Qué hay que turbe, bella Elvira, vuestra faz?

ELVIRA. Nada, gran señor.

REY. La alegría para siempre recobrad.

MARQUES. ¡Oh maldad!

¡Oh traicion!

REY. ¿Vos aquí, Marqués?

MARQUES. Es muy natural.

REY. Lejos de Madrid

os juzgaba ya.

MARQUES. Antes bien, señor,

este es mi lugar.

REY. (Fuerza es ya poner

freno á tal desman.)

ELVIRA. (Al hallarle aquí

tiemblo á mi pesar.)

MARQUES. (Mas fuerte que el Rey

es mi voluntad.)

CORO. (Me hace estremecer

su lenguaje audaz.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, ESTEBAN.

ESTEBAN. Aquí mi ama y dueña, que es

tratante en joyas de valor,
para llegar á vuestros piés
licencia pide, gran señor.

(Esteban recibe la venia del Rey y desaparece por donde vino.)

REY. (Dirigiéndose á todos.)

De doña Elvira sierva es;
su aya y nodriza es á la par:
con detencion miradla, pues,
excitará vuestro interés,
que no hay mujer más singular.

ESCENA X.

LOS MISMOS, ESTRELLA, ESTEBAN, con azafates y cajas,
conteniendo ricas telas y astuches con alhajas.

ESTRELLA. Dadme las plantas, noble señor,
para serviros vénia me dad:
joyas vereis de gran valor
si á tanto llega vuestra bondad.

REY. Mostradlas, pues.

CORO. Mostrad, mostrad.

ESTRELLA. (Descubriendo los azafates.)
Aquí hay en plata y oro
damascos recamados;
riquísimos bordados
en fino brocatel.
Encajes de Venecia,
tupidos terciopelos,
hay cintes, lazos, velos
y paños hay de Argel.

(Mostrando los estuches.)

Aquí brazaletes,
collares, anillos
de nítidas perlas
y aljófares ricos.
Labrados brillantes
de diáfano brillo:
aquí hay esmeraldas,

topacios bruñidos
granates, rubíes,
turquesas, zafiros.
Mercad, caballeros,
mi mano es un río.

GRUPO DE CABALLEROS. (Á varias damas.)
Guardad esta perla.

OTRO GRUPO. (De igual modo.)
Yo os ferio este anillo.

OTRO ID. ID. Yo en estas memorias
os doy mi albedrío.

DAMAS.
¡Qué engarce! ¡Qué esmalte!
¡Qué diáfano brillo!
Por ser prenda vuestra
gustosa la admito.

ESTRELLA. (Mostrando una rica banda bordada y algo des-
lucida.)

Hallada á la aventura,
mercada en almoneda,
aún en mi mano queda
la banda que aquí veis.
En cifra misteriosa
de amores hondo arcano,
trazó en ella una mano
«mil setecientos seis.»

REY. Mostrad esa banda.

ESTRELLA. Ley mia es serviros.

REY. ¡En dónde la hubisteis?

ESTRELLA. Ignoro en qué sitio.

REY. ¡Quién era su dueño?

ESTRELLA. El nombre no dijo.

REY. Es fuerza que al punto...

ESTRELLA. No pienso lo mismo:
que aquel que es prudente
si estima su oficio,
historias de prendas
dar sabe al olvido.

REY. Hablaros deseo.

ESTRELLA. Es grande honor mio.

- Bellísimas damas,
galanes rendidos,
mercad, que os ofrezco
completo surtido.
Aqui brazaletes,
collares, anillos,
de nítidas perlas
y aljófares ricos.
Labrados brillantes
de diáfano brillo;
verdes esmeraldas,
topacios bruñidos,
granates, rubíes,
turquesas, zafiros;
mercad, caballeros,
mi mano es un río.
REY. (Amargo recuerdo,
el alma me ha herido.)
ESTEBAN. (El Rey se ha turbado.
Certero fué el tiro.)
MARQUES. (Fijo siempre en Elvira.)
(¡Mi vista desdeña!
Turbado la miro.)
ELVIRA. (Mi vista desdeña.
Turbada le miro.)
CORO. (¡Extraña aventura;
suceso imprevisto!)

ESCENA XI.

ESTRELLA, el REY.

HABLADO.

- REY. (Despidiendo al Coro, el cual desaparece por el fondo.)
Recorred ese ancho espacio
con entera independencía.—
¿Quién sois vos?
EST. Señor, despacio,
que tiemblo en vuestra presencia.

- REY. Yo os he visto ántes de ahora.
EST. Es efecto natural.
Yo soy abastecedora
del ejército real.
- REY. ¿Quién puso en vuestro poder
esa banda?
- EST. Fué el acaso.
Un furtivo mercader...
- REY. ¿Cuándo? ¿Dónde?
- EST. Iba de paso.
- REY. ¿No le tuvisteis?
- EST. Tratante
de ajenas desdichas era.
¡Ay del que tuvo un instante
su fugitiva carrera!
- REY. No os entiendo bien.
- EST. Lo siento.
- REY. Explicaos más.
- EST. Señor,
no tengo yo entendimiento
para expresarme mejor.
Mas soy franca y expansiva;
soy, en fin, traslado fiel
de mi señora, la altiva
condesa de Villarroel.
- REY. ¿La condesa?
- EST. Madre tierna
de doña Elvira; murió,
y en su despedida eterna
á su hija me encomendó.
Sintióse herida de muerte
al volver á Barcelona.
¡Mal haya quien de esa suerte
á su pesar se abandona!
- REY. ¿Luégo erais vos!...
- EST. Cosa es llana:
su más leal servidora.
- REY. Bien hablais para villana.
- EST. Muy mal para alta señora,
- REY. Yo de Barcelona huí:
yo os hallé...
- EST. ¡Me maravilla!...

Señor, yo nunca salí
de mis campos de Castilla.—
Desde el monte á la floresta;
desde el barbecho al verjel:
fuera del día de fiesta,
saya de pardo buriel.
En mi incesante faena
fruto hallo abundante y bueno:
ya cojo el maiz, la avena,
ya la cebada, el centeno:
trigo candeal en Medina,
rico garbanzo en Valseca;
si el uno da blanca harina
el otro es blanda manteca,
Mil cubas tengo de mosto;
pues merinas más de mil:
y así vendimio en Agosto
como esquileo en Abril.
Mantengo en mis dehesas gente
para embestir á una armada;
pues hogaño, no hay quien cuente
los potros de mi yeguada.
Una fábrica de paños
tengo en Segovia; y en fin,
ya en ruinas, á fuerza de años,
un castillo en Balsain.
Como la apetece el rey
cumplida explicacion doy:
en mí la obediencia es ley,
que esta nací, y esta soy.
No es de tosca labrado.a
vuestro porte.

REY.

EST.

REY.

EST.

REY.

EST.

Será así.
Algo del de mi señora
se me habrá pegado á mí.
¿Vuestra señora?
Sí, á fe.
Referidme de ella más.
Honrar su memoria sé:
traerla en lenguas jamás.
Franca esta vez fui con vos,
que con otro no lo fuera;

ahora dejadme ir con Dios
que la obligacion me espera.
Joyas dí que aún no cobré:
bien haya la suerte mia,
que esta vez por vos, gané
todo cuanto apetecía.

REY. ¿Os vais de aquí?

Sí, en verdad,
que es mi charla inoportuna:
mi norte es la actividad;
ganar tiempo mi fortuna.

EST. ¿El Marqués aquí?

MARQ. Yo soy.

EST. (¡Qué á tiempo!) Dadme licencia.

REY. (Confuso y turbado estoy...)

EST. (Le conmovió mi presencia.)

(Se va rápidamente por la izquierda.)

ESCENA XII.

EL REY, el MARQUÉS.

REY. En mala ocasion llegaste.

MARQ. ¿Quién sabe si las escojo!

REY. ¿Qué dices?

MARQ. Digo, señor,
que hace tiempo que os estorbo.

REY. Tiempo hace ya que debiste
salir de San Ildefonso:
pliegos te dieron de mi orden
para Italia.

MARQ. Yo, tan sólo
del Rey don Luis, mi señor,
las órdenes reconozco.

REY. Marqués, por mi voluntad
mi hijo Luis ocupa el trono:
si él reina en España, yo
reino en él; teme mi enojo.

MARQ. En justa causa ademas
mi desobediencia apoyo:
las misiones diplomáticas
exigen tacto y aplomo,

temed, Marqués, que sepulsen
por siempre en un calabozo.

EXCENA XVI.

EL MARQUÉS, ESTEBAN, MARTINA, JUAN.

JUAN. (Dentro.) No me sigais.
MART. (Lo mismo.) No huyais vos.
MARQ. ¡Eh! ¿Quién grita de ese modo?
ESTEB. Juan y Martina.
JUAN. (Saliendo seguido de Martina) Venid;
no seais terca.
MART. No seais bobo.
JUAN. ¡Señor!...
(Dirigiéndose al Marqués, quien le rechaza brus-
camente.)
¿No es verdad, señor
que ya nos llegó el divorcio?
MARQ. ¡Aparta!
JUAN. El breve de Roma;
el que envié... (Persiguiéndole.)
MARQ. ¡Eh! ¡Fuera estorbos!
(Rechazando á Juan y saliendo precipitadamente
por el fondo.)

ESCENA XV.

MARTINA, ESTEBAN y JUAN.

JUAN. Pues yo sé que llegó el breve.
MART. ¿Qué breve?
JUAN. El del Papa.
MART. ¿Cómo?
¿Qué Papa?
JUAN. El Papa... ¿Qué? ¿Hay más
de uno? Yo no los conozco.
Yo hablo aquí del Padre Santo.
MART. Dejadle en paz; no seais tonto;
bien se está San Pedro en Roma.
JUAN. ¿San Pedro? No; si este es otro.
Este es el santo varon

que anula mi matrimonio.
Dígalo el señor Esteban:
¿no es verdad?

ESTEB. De ningún modo.

El enlace del Marqués
en efecto quedó roto:
mas tan alto privilegio
es concedido tan solo
á personas de alta clase,
y muy nobles sobre todo,
entre las cuales se entiende
que pueden existir otros
motivos... graves razones
que autoricen el divorcio;
razones que nunca pueden
existir entre vosotros.

JUAN. ¿Pues no es bastante razon
la de que no me conformo?

ESTEB. No basta.

JUAN. Conque es decir...

ESTEB. Válido es tu matrimonio.

MART. ¿No faltaba más!

JUAN. ¿Y no hay
otro remedio?

ESTEB. No hay otro.

JUAN. Pues me voy á ver al Nuncio.

(Dando media vuelta de pronto.)

MART. ¿Á quién?

JUAN. Al Nuncio apostólico:

á pedir que pida el breve
lo más breve... lo más pronto...

MART. Antes decidme... (Siguiéndole.)

JUAN. Soy mudo.

MART. Escuchad ántes...

JUAN. Soy sordo.

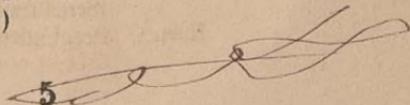
MART. ¿Á dónde vais?

JUAN. ¡Al infierno!

(Desapareciendo precipitadamente por el fondo.)

MART. Pues ni aun allí habeis de ir solo.

(Corriendo detrás de Juan.)



ESCENA XVI.

ESTEBAN, ELVIRA.

ESTEB. ¡Por Dios que hizo presa en él:
no le suelta... pobre mozo!

ELVIRA. (Llegando por la derecha.)
Esteban.

ESTEB. ¿Vos, doña Elvira?

ELVIRA. ¡Que me place hallarte solo!

ESTEB. Acompaño á mi señora.

ELVIRA. ¿En dónde está? Nunca logro
hablarla á solas; y hoy
tengo pesares tan hondos...

Más que nunca hoy necesito
de su afecto cariñoso;

verme en sus amantes brazos,
contemplar su bello rostro,
y confundir con las suyas
las lágrimas de mis ojos.

ESTEB. Muy pronto vereis cumplidos
vuestros deseos.

ELVIRA. ¡Oh gozo!

ESTEB. Hoy abandonais la córte.

ELVIRA. ¿Para vivir con vosotros?

Entónces, mi buen Esteban,
llegó mi ventura al colmo.

ESTEB. El Rey.

REY. Dejadnos. (Llegando por la derecha.)

(Á Esteban.)

ESTEB. Señor...

(Inclinándose y saliendo.)

ESCENA XVII.

ELVIRA, el REY.

REY. Quiero hablarte: estamos solos.

¿Serás franca á mis preguntas?

ELVIRA. Preguntad, que ya respondo.

— 67 —

MUSICA.

REY. Yo de tu boca, Elvira,
quiero escuchar
á quién van los suspiros
que al viento das.
Si con agudo dardo
te hirió el amor,
dime por quién palpita
tu corazon.

ELVIRA. Yo no tengo secretos
para mi Rey,
ni capaz es de engaño
mi pecho fiel.
Si ayer con dardo agudo
me hirió el amor,
cerrada está la herida
del corazon.

REY. Por el Marqués de Torresanta
ardió en amor tu pecho fiel.

ELVIRA. Contra él mi orgullo se levanta,
y para siempre huye de él.

REY. Soñaste amar y ser amada
en bendecida y tierna union.

ELVIRA. Esa es la dicha suspirada:
esa es la paz del corazon.

—

Amar y ser amada,
y como bienpreciado
guardar la fe sagrada
que el pecho enamorado
juró una vez y cien.
Partir con noble aliento
la pena palpitante
y el plácido contento,
y con afan constante
trocar el mal en bien;

—

esa es la verdad;
ese es el amor

que la dicha da,
que bendice Dios.

(El Marqués aparece en el fondo espiando la escena.)

REY. ¡Niña celestial!
¡Ángel de candor!...
Por tan tierno afán
te bendice Dios.

(El Rey acaricia con ambas manos la cabeza de Elvira. El Marqués avanza colérico, colocándose frente á frente del Rey.)

ESCENA XVIII.

ELVIRA, el REY, el MARQUÉS.

MARQUES. ¡Ese es el amor
pérfido y falaz!
¡Esa es vil traición!
¡Esa es liviandad!

(Elvira retrocede sobrecogida: el Rey se adelanta al Marqués.)

REY. ¿Sois vos otra vez?

MARQUES. La última será.
Ceda el puesto el Rey
al feliz galán.

(Sacando la espada.)

REY. ¡Contra vuestro Rey
el acero audaz!
En guardia, Marqués,
que os voy á matar.

(Acometiendo al Marqués espada en mano.)

MARQUES. ¡En guardia!

(Cruzando la espada con el Rey.)

REY. ¡Ay de vos!

MARQUES. ¡Reñid!

REY. (Esgrimiendo.) ¡Avanzad!

ELVIRA. (Llamando desde el fondo.)

¡Acudid! ¡Favor!

(El Rey desarma al Marqués, cuya espada cae á los pies del Rey.)

REY. (Acercándose al Marqués con reposado y severo continente.)

La espada cobrad.

Como hombre cumplí:

Llegó el turno al Rey.

(Dirigiéndose al fondo.)

Mis guardias, aquí.

(Llega en todas direcciones el Coro de damas y caballeros con precipitada ansiedad y viva agitación, á los que el Rey responde en los términos convenientes, al mismo tiempo que acude en socorro de Elvira, quien se muestra vivamente impresionada y próxima á desfallecer: durante este tiempo tiene lugar la rápida escena entre Estrella y Juan, á cuyo término acude por el fondo la guardia del Rey. Un grupo de guardas y fontaneros aparece al mismo tiempo en el segundo término de la izquierda. El Marqués recoge su espada.)

ESTRELLA. (Llegando por la izquierda con Juan y Esteban.)

¡Perdióse esta vez!

(Á Juan con la mayor reserva y vivo interés.)

¿No hay salida?

JUAN. (De igual modo.) Si.

ESTRELLA. ¡Sálvale, por Dios!

JUAN. De las del jardín
soy el dueño yo.

EST. (Cogiendo de un brazo al Marqués y recatándole del Rey.)

Ella os ama. Huid.

(El Marqués recoge la frase de Estrella con gozosa expresion. Esteban y Juan acuden á vencer la resistencia del Marqués, quien al fin se deja conducir por la izquierda.)

Por su amor, Marqués.

Sálvale tú, Juan.

ESTEBAN. Yo respondo de él.

(El Marqués, Juan y Esteban desaparecen por la izquierda. El Rey avanza con la guardia al centro de la escena. Los guardas y fontaneros se entienden poco á poco por todo el término de la izquierda, por el que Estrella se adelanta á la voz

- del Rey.)
- REY. Prened á ese traidor:
 que espíe su desman.
- ESTRELLA. No le busqueis, señor,
 que ya está en libertad.
- REY. Cerrad todo el jardín,
 que no logre escapar:
 castigo halle por fin
 su torpe ceguedad.
 Huyó de aquí el Marqués;
 para él no haya piedad,
 que ingrato con su Rey
 su vida osó atacar.
- ELVIRA. Perdióle al fin mi amor;
 no hay ya para él piedad,
 porque el delito es
 de lesa majestad.
- ESTRELLA. Perdida su razon
 al Rey se atreve audaz;
 su arrojo le perdió,
 su amor le calmará.
- CORO. No hay ya para el Marqués
 clemencia ni piedad,
 porque el delito es
 de lesa majestad.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Patio interior de un antiguo castillo feudal. En el segundo término de la derecha, gran torreón corpóreo con ventanas y puerta practicables. En la izquierda fachada de piedra medio derruida con puerta practicable en el centro. Á la derecha, en el ancho corredor que se extiende hasta el fondo, la puerta que conduce al exterior del castillo. En el fondo gran balcon corrido con balastrada de piedra, por el que se descubre el terreno árido y escarpado sobre el cual se descubre el castillo.

ESCENA PRIMERA.

MARTINA, JUAN, ESTEBAN, CORO DE VECINOS DE
BALSAIN y CRIADOS del castillo.

MUSICA.

CORO.

Festejemos la llegada
de nostrama la señora:
nuestra amada
bienhechora;
nuestro bello serafin.
Rica y bella,
noble y llana,
¿quién por ella
no se afana?

Es la estrella
peregrina
que ilumina
nuestro hogar de Balsain.

ESTEBAN.

Hasta
que el ama os vea
podeis holgar;
basta
que la hora sea
de merendar.
Buena
racion os toca,
podeis comer.

Llena
va hasta la boca,

(Dándoles una bota.)

conque á beber.

CORO. ¡Viva el honrado Esteban:
á su salud!

MARTINA. Venga luégo una copla.

CORO. Échala tú.

MARTINA. Enhorabuena:

ande el corro, muchachas.

CORO. Ande la rueda.

(El coro hace rueda al son de la música.)

MARTINA.

Yo no se qué tenía
anoche mi Juan,
que del pan me pedía
sin dar en el pan.

Por la corteza
buena le halló;
mas cuando luégo
la miga vió,
con faz severa
me le volvió,
porque la harina
no era de flor.

—
Quien con mi Juan se tome

se toma muy mal;
que mi Juan sólo come
del trigo candeal.

Suene la gaita
y el tamboril;
á cantar,
á reir.

Dale al pandero,
marca el compás.

Á reir,
á cantar.

La, ra, lá.

CORO.

Suene la gaita
y el tamboril, etc.

MARTINA.

Flores de San Antonio
ya enojos me dan;
que la del matrimonio
florece en San Juan.

Ven á mi huerto
niña gentil,
frutas y flores
son para tí,
la siempreviva
y el alelí;
la yerbabuena
y el torongil.

Del jardin de Cupido
corté yo un clavel.
¡Quién me diera un marido
tan bello como él!

Suene la gaita
y el tamboril.

Á cantar,
á reir.

Dale al pandero,
marca el compás:
á reir,

á cantar.
La, ra, lá.
CORO. Suena la gaita
y el tamboril, etc.

HABLADO.

ESTEB. ¡Ea!... Basta de jolgorio.
UN CAMPESINO. Como ucé nos dió licencia...
ESTEB. (Observando la puerta de la fachada de la izquierda.)
Sí, más ya es tarde. (El Marqués parece que se impacienta.)
(Á un lugareño.)
¿Qué miras tú?
LUGAR. Nada.
(Haciéndose atrás obligado por Esteban.)
ESTEB. (Á otro.) ¿Y tú?
LUGAR. Es que se mueve esa puerta.
ESTEB. Será el aire.
LUGAR. Es que la empujan por dentro.
ESTEB. Y aunque así sea.
¿Qué os importa?
LUGAR. Como uno...
OTRO ID. Como el ama...
ESTEB. ¿Aún cuchichean?
Cuando el ama os necesite yo os llamaré.
LUGAR. Pero...
ESTEB. (Echándolos á viva fuerza.)
¡Afuera!
JUAN. ¡Largo de aquí!
ESTEB. Y tú con ellos.
MART. ¡Bien dicho!
ESTEB. Y tú. (Á Martina.)
JUAN. ¡Tómate esa!

ESCENA II.

MARTINA, JUAN, ESTEBAN.

- ESTEB. Tengo que hablar al Marqués
y el caso exige reserva.
- JUAN. Pero conmigo...
- MART. Y conmigo...
- JUAN. Yo soy fiel...
- MART. Yo soy discreta...
- ESTEB. Bien; pero tú eres muy bruto.
- MART. ¡Toma!
- ESTEB. Y tú muy bachillera:
y la vida de tu amo
peligra.
- JUAN. ¡Á quién se lo cuenta!
Yo favorecí su fuga.
- MART. Y yo le abrí callejuela.
- JUAN. Y con él vine al castillo.
- MART. Por mí perdieron su huella.
- ESTEB. Y aquí se oculta... ¡Silencio!
Ni una palabra. (Con gran misterio.)
- MART. y JUAN. (Á media voz.) Ni media.
- ESTEB. Dejadme á solas con él.
- MART. Mas...
- JUAN. Pero...
- ESTEB. El ama lo ordena.
- MART. ¡Ah! Pues cuando ella lo manda...
- JUAN. Pues cuando lo ordena ella...
- MART. Tiene una expresion...
- JUAN. Y un tono...
- MART. Y una voz...
- JUAN. Y unas maneras...
- MART. Que no son para olvidadas.
- JUAN. Ni propias de una labriega.
- MART. Parece una gran señora.
- JUAN. Si tiene aires de princesa.
- MART. Y eso no se imita.
- JUAN. Como
desde niño no se aprenda...
- MART. Está claro.

- JUAN. Claro está.
MART. Si el mismo refran lo reza:
«de tal palo tal astilla.»
JUAN. Cabal: y la astilla es buena.
MART. Aquí se cumple el refran.
JUAN. Apostaría una oreja.
MART. ¿No es verdad?
(Asediando siempre á Esteban.)
JUAN. (Id.) ¿Verdad que sí?
MART. Acá *inter nos*.
JUAN. Con franqueza.
MART. ¿Qué ascendientes son los suyos?
JUAN. Sí. ¿Cuál es su parentela?
MART. ¿Quién es, pues?
JUAN. ¿De quién es hija?
ESTEB. (Estallando.) ¡Del gran tamorlan de Persia!
¡Qué charlar! ¡Largo de aquí!
JUAN y MART. ¡Ay!
ESTEB. ¡Listo!
MART. ¡Por él!
(Saliendo con Juan por el fondo.)
JUAN. ¡Por ella!
MART. ¡Si fuera ménos curiosa!...
JUAN. ¡Si ménos pregunton fuera!...
MART. ¡Cuando os digo que huyais léjos!
(Rechazándola.)
(Persiguiéndole.)
¡Cuando digo que he de ir cerca!...

ESCENA III.

ESTEBAN, el MARQUÉS.

- ESTEB. (Abriendo la puerta de la izquierda en la que aparece el Marqués.)
Ya estamos solos, salid;
pero cuidad que no os vean.
MARQ. Desde allí la he visto yo.
(Señalando el torreón.)
ESTEB. ¡Por Dios, Marqués!
MARQ. Era ella.
Detrás de esa celosía

apareció, ¡Ay, Esteban;
entendí que ella tambien
codiciaba mi presencia!
Lanzó su pecho un suspiro;
era un ¡ay! de amarga pena
que yo recogí, enviándola
toda mi alma en recompensa.

ESTEB. ¿Tanto la amais?

MARQ. ¡Loco estoy!

ESTEB. El demonio que os entienda;
¿por qué de vos la arrojásteis
cuando vuestra esposa era?

MARQ. ¡Necedad!... Ciego arrebató;
mas basta que me arrepienta.

ESTEB. No basta: hay aquí quien nunca
os perdonará la ofensa.

MARQ. ¿El aya de Elvira? Al fin,
pues que tanto se interesa
por mi bien, perdonará
como me perdona ella.

ESTEB. No.

MARQ. Pues bien, su autoridad
no ha de ser tanta...

ESTEB. Es inmensa.

Salid ya de vuestro error,
pues que ya el misterio cesa.
Elvira os perdonará:
su madre, no.

MARQ. ¿Cómo? Estrella...

ESTEB. Madre es de Elvira; la pobre
niña juzgándose huérfana,
lejos vivió de su madre,
mas ya en sus brazos se encuentra
y el nombre de hija recibe:
hija cariñosa y tierna,
que al mandato de su madre
no ha de oponer resistencia,
siendo por su parte ejemplo
de rectitud y grandeza.

MARQ. ¡Elvira!...

ESTEB. Honrará los timbres
de su preclara ascendencia.

MARQ. Noble es la mía, y no cede
en tan penosa contienda.

ESTEB. Pensad en salvar la vida,
que amenazada se encuentra,
y huid de ella.

MARQ. Sin su amor
la inútil vida me pesa.

ESTEB. Huid de aquí... armas hicisteis
contra el Rey. Crimen de lesa
majestad: quizá emisarios
del Rey os siguen de cerca.
No darán con vos, en tanto
que este castillo os alberga:
entreoculto en la espesura
de estos bosques, nadie llega
á sus muros, escondidos
entre rocas y malezas;
mas aunque el sitio es seguro,
que le abandoneis es fuerza.

MARQ. Para morir: lejos de él
nada en el mundo me resta.
Adios. (Alejándose.)

ESTEB. Teneos.

(Viendo salir á Elvira por la puerta del torreón.)

MARQ. ¡Elvira!
Dejadme solo con ella.

ESTEB. Ved lo que haceis. (¡Pobre mozo!)

MARQ. Oid mi súplica, Esteban.

(Esteban se aleja lentamente por el fondo. Elvira
intenta volverse atrás: el Marqués la detiene al
dar principio el duo.)

MUSICA

ESCENA IV.

ELVIRA, el MARQUÉS.

MARQUES. Turbada y llorosa
de mí os alejais,
y amantes suspiros

al viento lanzais.
Llegad á la ardiente
llamada de amor
que un pecho os envía
sumido en dolor.

ELVIRA. De amantes ternezas
no es esta ocasion;
no tiene albedrío
mi fiel corazon.
Mas debo á la ardiente
llamada llegar
en pos de una vida
que anhelo salvar.

MARQUES. Mas que mi triste vida
vale mi amor.

ELVIRA. Ya desde hoy para el mio
no hay salvacion.

MARQUES. Mayores imposibles
vence la fe.

ELVIRA. Grande y acrisolada
la mia fué.

—
No hay sin ella,
no hay ventura:
blanca estrella
de luz pura,
la escondida
senda oscura
de mi vida
iluminó:
mas la impía
suerte avara
turbó un dia
su luz clara,
y en la densa
noche fria
mi fe inmensa
sepultó.

MARQUES. No hay sin ella,
no hay ventura:
blanca estrella

de luz pura,
la escondida
senda oscura
de mi vida
alumbrará.
Si la impía
suerte avara
turba un día
su luz clara,
en la densa
noche fría,
mi fe inmensa
brillará.

(Estrella aparece en el dintel de la puerta del torreon.)

MARQUES. Volved, mi amor os llama.

ELVIRA. Es grande mi ansiedad.

MARQUES. Mayor mi ardiente llama.

ESTRELLA. (Interponiéndose.)

Mayor mi voluntad.

ESCENA V.

ESTRELLA, ELVIRA, el MARQUÉS.

MARQUES. La pena me devora.

ESTRELLA. Mal pasajero es.

MARQUES. Por vos suspira y llora.

ESTRELLA. Por vos, señor Marqués.

Vos sois falso y audaz;
ella es todo candor.

Vos turbasteis su paz;
yo maté vuestro amor.

Altanero,
veleidoso,
yo no os quiero

para esposo
de este ángel
de bondad.

¿Para vos?
Nunca más;

- ;no, por Dios!
Jamás! Jamás!
- MARQUES. Ved la pena en mi faz;
ved su acerbo dolor.
No turbeis nuestra paz
con tan ciego rencor.
Ved su llanto,
mi tormento;
ceda á tanto
sentimiento
vuestra fiera
voluntad.
Nunca en vos
se alce más.
No, por Dios!
Jamás! Jamás!
- ELVIRA. (Él me busca tenaz;
yo le he dado mi amor,
y constante ó falaz
es del alma señor.
Vano empeño
congojoso;
ya es mi dueño,
ya es mi esposo.
Una es nuestra
voluntad:
en los dos
no habrá más!
No, por Dios!
Jamás! Jamás!

HABLADO.

- MARQ. Muévaos á piedad mi súplica.
EST. Terminemos de una vez.
MARQ. Basta ya. Yo reconozco
los derechos que teneis;
su madre sois,—no os admire,
señora, todo lo sé.
Os enoja mi presencia
y os dejo: pensadlo bien.

6

Antes de partir de aquí,
vuestro fallo aguardaré. (Váase.)

ESCENA VI.

ESTRELLA, ELVIRA.

EST. ¡Parece que disgustada
me miras?

ELVIRA. ¿Yo?

EST. Claro es.

¿No estás de mí satisfecha,
no es cierto?

ELVIRA. Juzgar no sé

tus preceptos; acatarlos
ciegamente es mi deber:
la más ligera orden tuya
para mí es suprema ley.
¿Cómo dudar un momento
de tu entrañable interés,
madre mía, si en mi dicha
se funda todo tu bien?
Ordena, manda; obediente
tus órdenes seguiré,
como un beso de tus lábios
pague mi obediencia.

EST. (Besándola.) Ten.

(Esteban llega por el fondo.)
Viene Esteban: de un asunto
tengo que tratar con él,
que á todos nos interesa.

ELVIRA. ¿También á mí?

EST. Á tí también.

ELVIRA. Mi suerte en tus manos dejo.

(Dejándose conducir por su madre al torreón, por
cuya puerta se va.)

EST. Tu dicha es mi solo bien.

ESCENA VII.

ESTRELLA, ESTEBAN.

ESTEB. ¿Qué habeis resuelto?

- Est. Esta noche
ha de partir: tú con él.
- ESTEB. ¿Mas cómo lograr su fuga?
- Est. Mira tú cómo ha de ser.
Amparados de las sombras
de la noche, fácil es
ganar la vecina sierra,
quedando en salvo una vez
terminada tu mision.
- ESTEB. Pero es que el señor Marqués,
señora, resuelto se halla
como de aquí le arrojéis,
á entregarse él mismo, ansiando
morir, si pierde su bien.
Su amor es profundo, inmenso,
no puede alentar sin él.
- Est. No conoces de los hombres
la pérvida avilantez.
El Marqués ve combatida
su voluntad; mas despues
que de la mia triunfara,
de Elvira huyera otra vez;
la imperiosa condicion
de los hombres esa es.
- ESTEB. Siempre en vos la idea fija
del triste suceso aquel.
Por el mal que uno os causara
de los hombres no juzgueis.
Aquel que un día postrado
por la fatiga y la sed
halló albergue en vuestra casa,
criminal sin duda fué:
mas concertaron el crimen
con invencible poder
vuestra simpatía ardiente
hácia la causa del Rey;
vuestros pocos años, aún
no teniais diez y seis:
el riesgo de que él huía
y que os acercaba á él;
vuestro franco ofrecimiento,
su rendimiento cortés,

la noche.. la soledad...
vuestro letargo despues...
Quien al abismo se asoma
puede en el fondo caer,
y en él caísteis al cabo
herida en vuestra altivez,
que al despuntar la alborada
el fugitivo doncel
de vuestra morada huía
para nunca más volver.

EST. Pero conserva el recuerdo,
y conmovido le hallé
en mi presencia.

ESTEB. No es fácil
que os reconociera el Rey;
cambió vuestra faz el tiempo...
y vuestro porte despues...
Turbóle en efecto hallar
la banda en vuestro poder;
quizá en pos de ese misterio,
y dando caza al Marqués
venga al castillo; ya está
mi gente apostada...

EST. (Martina y Juan aparecen en el fondo.) ¿Qui én?

ESTEB. Juan Chamorro acompañado
de Martina su mujer.

ESCENA VIII.

ESTRELLA, MARTINA, ESTEBAN, JUAN.

EST. Llegad aquí.—Tu señor
deja esta noche el castillo:
toma, guarda este bolsillo,
que eres leal servidor.

JUAN. Soy su criado..

EST. Bien; pero
sirvele... lejos de aquí.
Martina, tambien á tí
mi recompensa dar quiero.
Ya doña Elvira me habló
de tu esmero servicial,

y á tu proceder leal
no he de ser ingrata yo.

(Á Esteban.)

Para premiar sus cuidados,
pues que con Juan se acomoda,
como regalo de boda
dála hoy ocho mil ducados.

MART.

¡Señora!...

EST.

Basta; id con Dios,
y con mi favor contad;
mas el castillo dejad,
y sed felices los dos.

(Esteban llega á la puerta del torreón con Estrella, por donde ambos desaparecen.)

ESCENA IX.

MARTINA, JUAN.

MART. Ocho mil... ¡Ay! ¡qué placer!

JUAN. (Ocho mil ducados cuenta.

Son... ocho por once... ochenta...

Ya me gusta mi mujer.)

MART. (Cuál me mira... ¡Pobrecillo!

Ya en mis garras le cogí.)

JUAN. (Ocho mil á ella... y á mí

un miserable bolsillo.)

MART. (Acercándose poco á poco á Juan, y con tono zalamero.)

Hoy parte el Marqués. ¡Y vos
vais con él por de contado?

JUAN. ¡Qué! Ya no soy su criado;

no hacemos migas los dos.

MART. ¿No vais ya á Italia?

JUAN. ¡Qué he de ir!

Me trataría muy mal.

MART. ¿Tendrá mal genio?

JUAN. ¡Infernal!

¡No se le puede sufrir!

¡Pues libertino?... ¡No es cosa!

En fin, si no se concibe:

¿qué será un hombre que vive

divorciado de su esposa?
¿Por qué no se reconcilia?
¿Pues dónde hay goce mayor
que el que nace del amor
al hogar y á la familia?
Feliz yo que ya poseo
bien tan positivo.

MART. ¿Sí?
Pues cómo?

JUAN. Te tengo á tí.

MART. ¡Miren eso!

JUAN. ¡Y te tuteo!

MART. ¡Ya!

JUAN. Son términos sabidos.

MART. Es claro.

JUAN. ¡Pues no ha de ser!

Entre marido y mujer
son ociosos los cumplidos.

MART. Conque es decir...

JUAN. Que apechugo;—

quiero decir, que lo trago,
y yo lo hice, y yo lo pago
y me echo á cuestras el yugo.
Y de que lo cumpliré
doy aquí palabra y mano.

(Dándole una palmada en la mano.)

MART. Perdone por Dios, hermano.

VOCES. (Dentro.) ¡Al arma!

ESTEB. ¿Qué es esto?

(En la puerta del torreón.)

JUAN y MARTINA. ¿Qué?

ESCENA X.

ESTEBAN, JUAN, MARTINA y CORO.

MUSICA

CORO. (Con la más viva agitacion.)
Hombres armados
nos hacen frente

con imponente
fiero ademan;
y codiciosos
de nuestras vidas
esas salidas
guardando están.
ESTEBAN. Nadie resista;
nadie se mueva.
Nadie se atreva
un paso á dar.
JUAN. Mi voz los guie.
ESTEBAN. Ni un solo acento.
JUAN, MARTINA y CORO. ¿Cuál es su intento?
ESTEBAN. Váislo á escuchar.

—
¿Qué os ha dicho la voz de esa gente?
Cómo guarda el castillo explicad.
CORO. Todos guardan silencio imponente
que nos llena de viva ansiedad.

Llegan, vuelven,
pasan, miran,
tornan, giran,
vienen, van;
y es prudente,
conveniente
que imitemos
su ademan.
ESTEBAN. Nadie resista.
Nadie se mueva.
Nadie se atreva
un paso á dar.
JUAN. Ni una palabra.
CORO. Ni un solo acento.
ESTEBAN. Nadie se atreva
un paso á dar.

—
Huid todos: fingid desde ahora
que os impone su fiero ademan,
y á mi aviso volved sin demora,
que os espero con viva ansiedad.

¡Calma! ¡chito!
Todos fuera
sin chistar.
¡Huid! ¡Tornad!
¡Salid! ¡callad!
CORO y JUAN. ¡Calma! ¡chito!
¡venid! ¡tornad!
¡órden! ¡Quietos!
¡Salid! ¡Callad!

(Salen todos por el fondo.)

ESCENA XI.

ESTEBAN.

HABLADO.

ESTEB. Los emisarios del Rey:
con ellos á verme voy.

UNA VOZ. (Dentro.)
¡Paso al Rey!

ESTEB. ¡El Rey los sigue!...
que me place, vive Dios.

(Esteban sale por el fondo: la escena queda completamente sola todo el tiempo que dura el prelude ejecutado por la orquesta.)

ESCENA XII.

EL REY, ESTEBAN.

REY. Háganse todos atrás: (Al salir.)
nadie me siga.—¿Sois vos
el que guarda este castillo?
(Volviéndose á Esteban.)

ESTEB. Humilde criado soy.

REY. Haced que venga su dueño.

ESTEB. El dueño.. es dueña, señor:
mas para suplir su ausencia
ámplios poderes me dió.

- REY. Del asunto que me guía
tratar no puedo con vos.
- ESTEB. ¿Por qué lo?
- REY. Con un criado...
- ESTEB. ¿Y eso qué importa, si doy
á todas vuestras preguntas
cumplida contestacion?
- REY. Bachiller parece el viejo.
- ESTEB. Puntas tengo de doctor.
- REY. ¡Oiga! Y sepamos: ¿qué sabe
el doctorcillo zumbon
de cierto Marqués oculto
en este castillo?
- ESTEB. ¡Oh!
Diré que su dueña tiene
decidida inclinacion
á amparar al desvalido;
que en su casa, gran señor,
la santa hospitalidad
hasta el mismo Rey hal!ó.
- REY. ¿Qué decís?
- ESTEB. Perdon os pido:
rudo en mi lenguaje soy,
y temo que mis palabras
puedan ofenderos.
- REY. No.
- ESTEB. ¿Que al Rey hospedó decís?
¡Bah! Y en más de una ocasion
en el revuelto combate
prestóle amparo y favor.
- REY. ¿Cómo?
- ESTEB. Con armas... y gente...
y provisiones.
- REY. ¡Gran Dios!
Hablad, que tengo alma y vida
pendientes de vuestra voz.

MUSICA.

- ESTEB. El grito del combate
sonó en Villaviciosa,

y la victoria ansiada
mostrábase dudosa;
mas brota con estruendo
intrépido escuadron
que al austriaco en derrota poniendo
la victoria valió al de Borbon.

Aquel escuadron fiero
armóle una mujer.

Hada escondida
entre las flores
que hacienda y vida
dió por su Rey;
y protegiendo
fué su camino
de Dios cumpliendo
la santa ley.

REY.

¿Yo debo á una mujer
favor tan singular?
Su noble accion aquí
grabada quedará.

ESTEB.

Un dia el Rey vencido
salió de Barcelona
mirando en torno suyo
perdida la corona.
Y entre la sombra fria
rendido de hambre y sed,
un asilo de noche pedía,
y un asilo seguro halló el Rey.

Su honra inmaculada
fióle una mujer.

En la sombría
noche callada
su saña impía
mostró Luzbel;
y á la alborada
del nuevo dia
su honra empañada
dejó el doncel.

La altiva castellana,
la intrépida mujer
que allá en Villaviciosa

salvó el honor del Rey,
la misma que dió asilo
al fugitivo es;
y en noche silenciosa
burlada fué por él.

HABLADO.

- REY. ¿Y esa mujer á quien debo
libertad, vida y honor,
quién es?
- ESTEB. La noble Condesa
de Villarroel.
- REY. ¡Oh Dios!
Yo anhelo besar sus plantas:
quiero implorar mi perdon.
- ESTEB. Ved ántes si á su infortunio
el vuestro concedéis vos,
que al fin corre por sus venas
sangre del conde feroz
de Cifuentes, vuestro ciego
adversario, el que mandó
las huestes de Cataluña.
- REY. Si en ella encontré favor,
del mal que el padre me hiciera
la hija me recompensó.
Ademas, ya murió el conde.
- ESTEB. Téngale en descanso Dios,
que hartó á mi noble señora
en vida martirizó.
- REY. Mas...
- ESTEB. Despues de aquella noche,
sumida en fiero dolor,
madre fué de Elvira...
- REY. ¡Elvira!
- ESTEB. (Viendo aparecer á Estrella en la puerta del tor-
reon.)
Vedla.

ESCENA XIII.

ESTRELLA, el REY, ESTEBAN.

EST. ¡Teneos, señor!

(Conteniendo al Rey.)

REY. ¡Ella! ¡La noble Condesa
de Villarroel!

EST. Yo soy.—

REY. Ni una palabra.

Una banda
ayer me mostrásteis vos;
(Después de un momento con acento reposado.)
desprendida de mis hombros
un día á esos piés cayó;
y á alzarla vengo.

EST. Dejadla:

que en el suelo está mejor.

REY. Por ella...

EST. Ignore su origen.

La pobre niña hasta hoy
lloró muerto al padre amado;
dejadla llorar, señor.

REY. Sepa en qué estriba su dicha,
y entera á dársela voy.

ESTEB. El Marqués de Torresanta
juróla profundo amor;
su dicha estriba en ser suya.
(Á Estrella.) Dad á su culpa perdon,
señora: de la bondad
del Marqués respondo yo.
Elvira.

(Viéndola llegar por la puerta del torreón.)

ESCENA ÚLTIMA.

ESTRELLA, ELVIRA, MARTINA, el REY, el MARQUÉS,
ESTEBAN, JUAN.

MARQ. (Saliendo de la parte de la izquierda y en voz
baja á Esteban.)

Todo lo oí.

Esteban, gracias te doy.

REY. Marqués...

MARQ. Atrevido... loco,
armas hice contra vos,
y á vuestros piés...

REY. Á mis brazos,
que en mi pecho no hay rencor.

(Tomando á Elvira de la mano.)

Llegad, duquesa de Campos;

noble y rico esposo os doy.

Con él partireis á Italia.

EST. Hágate feliz su amor.

ELVIRA. ¡Y tú?...

EST. Si ya eres dichosa,
¿cómo no he de serlo yo?

MART. Á tu gusto. (Á Juan.)

JUAN. Como quieras.

MART. Soy tuya.

JUAN. Pues tuyo soy.

MÚSICA.

ESTRELLA. (Entre Elvira y el Marqués.)

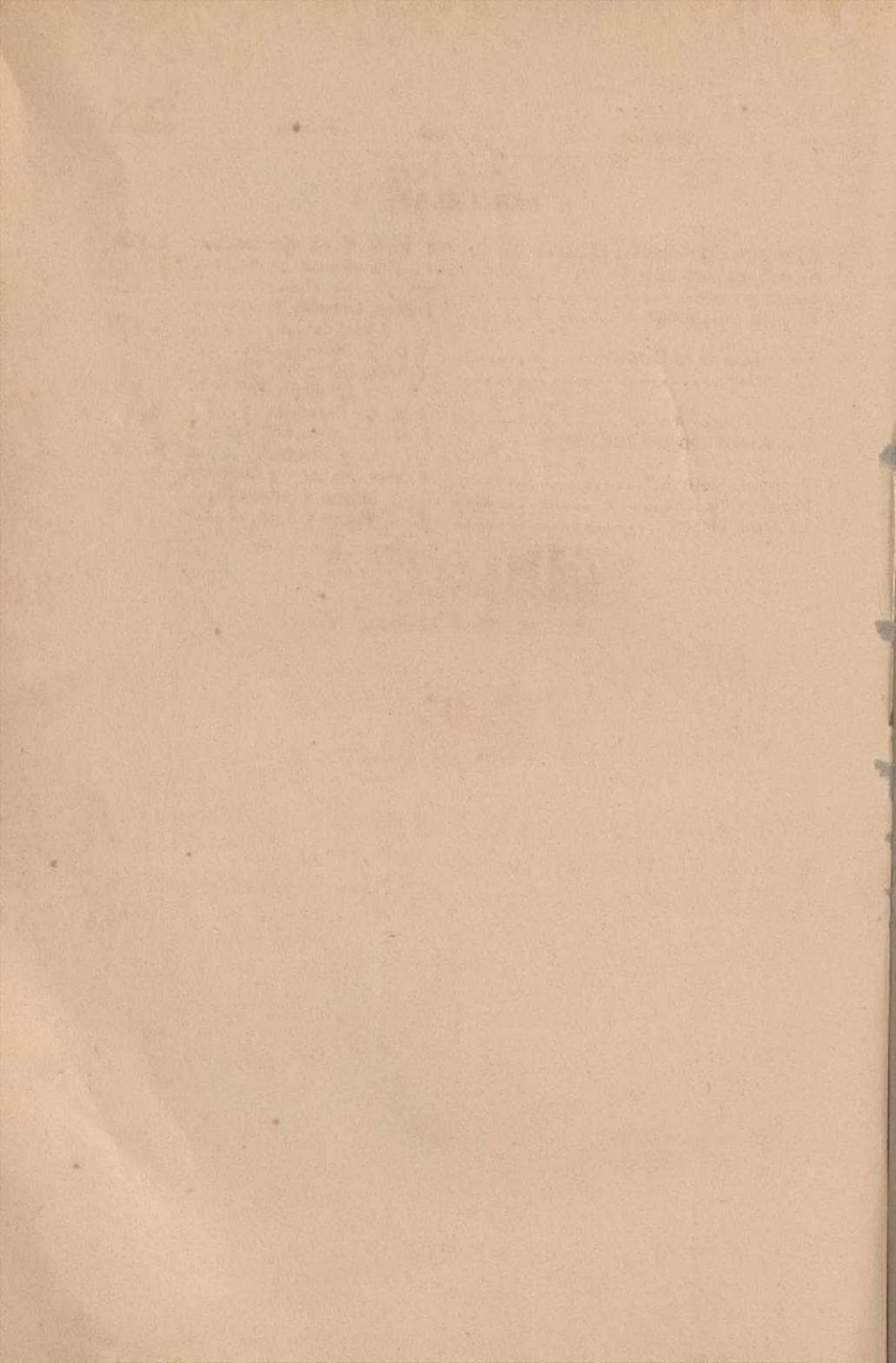
En brazos del amor

á ser dichosa vas:

no puede ser mayor

la dicha que me das.

FIN DE LA ZARZUELA.



TÍTULOS.

Actos.

AUTORES.

Prop. que
corresponde

ZARZUELAS.

Consuelo... de tontos.....	1	D. S. María Granés....	L. y M.
Contra ira paciencia.....	1	Federico de Olona..	L.
Dudas y celos.....	1	C. Navarro.....	L.
El salto del gallego.....	1	Sres. Granés, Navarro y Nieto.....	L. y M.
Las damas de la Camelia.....	1	D. G. Moran.....	L.
Las ferias.....	1	Sres. Barranco, Ossorio, Chueca y Valverde	L. y M.
Los dos cazadores.....	1	D. G. Cereceda.....	M.
Los duelos con pan son menos.....	1	Sres. Fovedano, Granés, y Prieto.....	L. y M.
Tenera, siete 3.º.....	1	Sres. Navarro y Cuartero	L.
Fra diávolo.....	3	Moran y Allú.....	L. y M.
La dama blanca.....	3	Moran y Allú.....	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, números 18 y 20.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—
Lisboa.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.